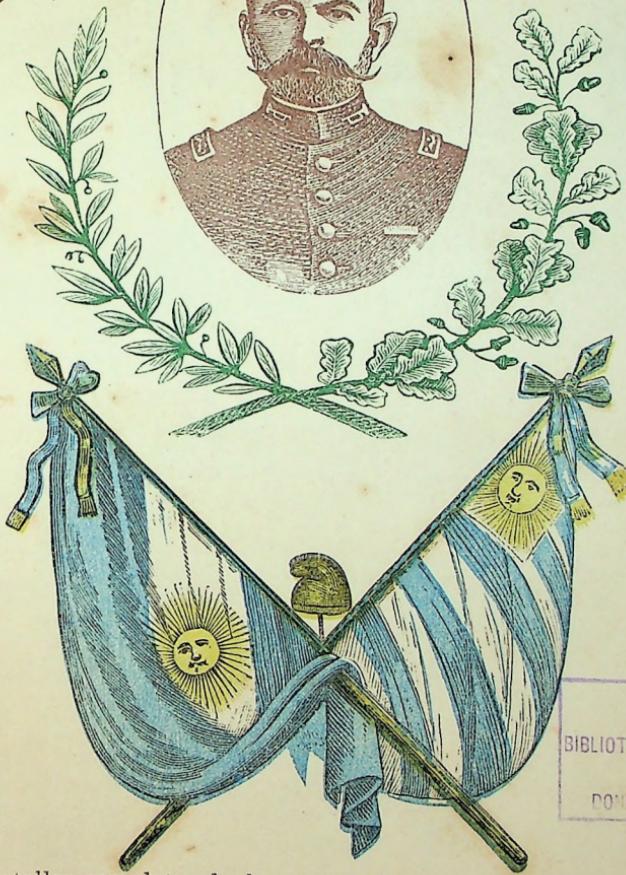


HISTORIA
Y
BIOGRAFIA
MILITAR

DEL
EXCELENTE
CORONEL
DIEGO LAMAS



Detalles completos de la muerte y ceremonias fúnebres
Los discursos pronunciados sobre la tumba del ilustre muerto
y varios pensamientos á él dedicados

1898

BIBLIOTECA

ESTACIONES NACIONALES

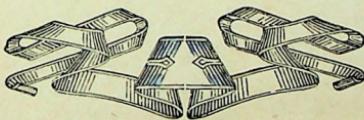
DONACION MELIAN LAFINUR

HISTORIA Y BIOGRAFIA MILITAR

DEL INOLVIDABLE

CORONEL DIEGO LAMAS

Detalles completos de la muerte y ceremonias fúnebres
Los discursos pronunciados sobre la tumba del ilustre muerto
y varios pensamientos á él dedicados

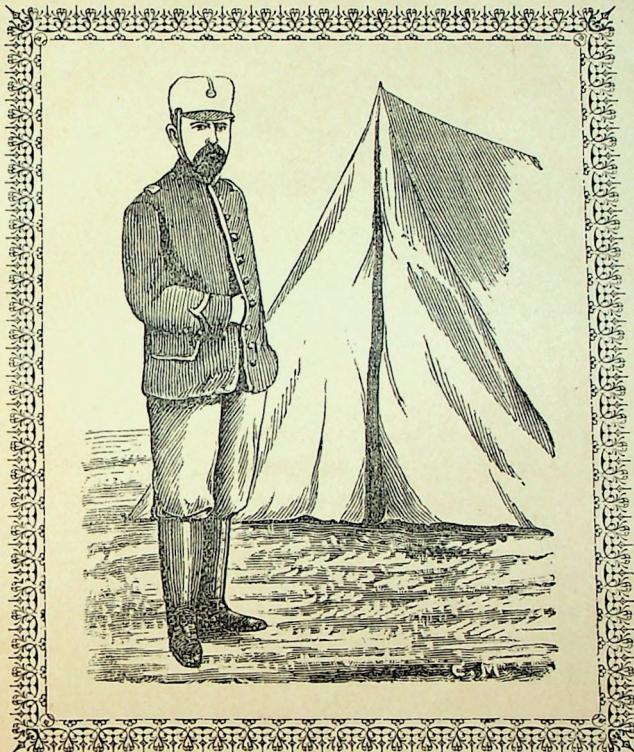


81.456

52.323

EDITOR: S. ROLLERI
MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES
1898

... Es propiedad del Editor ...



Coronel DIEGO LAMAS en el Campamento



HISTORIA Y BIOGRAFIA MILITAR DEL MALOGRADO CORONEL DIEGO LAMAS

Lamas nació en la ciudad del Salto Oriental en el año de 1856, y es hijo del valiente general Diego Lamas, que fué Ministro de Guerra y Marina en tiempo del gobierno de don Bernardo Berro, en el año 1860, y uno de sus emulos en la lucha presidencial de ese mismo año.

El general Lamas gozaba de muchísimo prestigio entre sus correligionarios políticos, pero después que fué derrotado y vencido por el general don Venancio Flores en la batalla de las Cañas, sufrió las tristes consecuencias que generalmente acompañan á los caídos, que son los rudos golpes de la fortuna.

Ahora tratándose del hijo, que hizo sonar ese mismo nombre, diremos que desde sus primeros años fué siempre distinguido en todos sus actos, tanto civiles como militares. Ha recibido una regular educación, la que supo muy bien aprovechar.

Los primeros servicios militares los prestó Lamas en el ejército de su país, allá por las épocas memorables de los gobiernos de fuerza, en el Batallón 1.^o de Cazadores,

y fué distinguido con el grado de alférez; pero como no le gustara la marcha y política del gobierno pasó á la República Argentina, donde facilmente consiguió formar parte de su ejército, aceptándolo con el mismo grado de alférez; contando entonces apenas 22 años de edad.

En 1884 tomó parte en las operaciones que contra los indios del Chaco Austral emprendió la primera compañía del primer batallón de infantería de marina.

Esa expedición duró desde el mes de Enero de 1884 hasta el mes de Diciembre de 1885.

En esa misma fecha ya se había verificado la ocupación militar de la línea de Bermejo por las fuerzas que mandaba el general de brigada don Benjamín Viatorica.

El 18 de Diciembre de 1884 se encontró en el combate que libró el teniente coronel don Jose P. Reinero, contra las tribus del cacique José Pelizo.

El día 7 de Abril figuró entre las tropas que sorprendieron la toldería del cacique Juan Antonio, á las órdenes de Simón Espeleta.

En 1885, atacó y destruyó la toldería del cacique Grouché.

En 1886, Lamas solo ostentaba el grado de teniente primero, en 1890 fué ascendido á capitán y á mayor el 26 de Marzo de 1895.

En el año 1886, cuando el gobierno del general Santos tiranizaba con sus actos la República Oriental. Lamas abandonó el servicio argentino, y se presentó voluntario al Comité Oriental que en Buenos Aires preparaba la revolución del Quebracho.

Su reputación como oficial de alta escuela ya era bastante considerable, y el comité revolucionario le dió el puesto de segundo jefe en el batallón de infantería que mandaba el coronel Octavio Ramírez.

Esa revolución duró apenas cuatro días.— Una expedición de 1,400 hombres desembarcó en el paraje conocido por Guaviyú el 28 de Marzo, bajo el fuego de buques enemigos.— Marchó á pie todo el día 29 y recién el día 30

se hizo de algunos caballos; rechazó con mucha ventaja al coronel Villar y al coronel Arribio.

El día 31 sucumbió la revolución, cayendo prisioneros en poder del general Tajes, la mayor parte de las fuerzas.

Sin embargo, el joven Lamas tuvo tiempo de sobra para manifestar sus actitudes sobresalientes; Octavio Ramírez no encontraba palabras bastante expresivas para elogiar la conducta y cualidades de su segundo jefe.

Algunos meses después de la derrota del Quebracho, y fracaso de la revolución, Lamas se incorporó nuevamente al Ejército Argentino.

En 1890, Lamas fué uno de los oficiales que sostuvieron la noble causa del pueblo Argentino contra el gobierno de Juárez.

Ultimamente era el segundo del general Capdevila en el Estado Mayor del Ejército Argentino y gozaba de muchísimo crédito como jefe singularmente instruido en el arte de la guerra, siendo además conocido como escritor pintoresco de las escenas de la vida militar.

Mientras estuvo sirviendo en el Ejército Argentino, fué tal su comportamiento en varios combates que le dieron ocasión, para distinguirse su ilustración y valor militar, como lo comprueba la elogiosa nota, con que el Estado Mayor del Ejército Argentino contestó á la nota que Lamas le había dirigido en demanda de su baja.

Esa nota del Estado Mayor Argentino, pasada al coronel Lamas, es suficiente título para explicar la publicación de su foja de servicios militares.

Ultimamente el coronel Diego Lamas, Jefe del Estado Mayor de las fuerzas revolucionarias, desembarcó en el puerto del Sauce, Departamento de la Colonia, el día 5 de Marzo de 1897, con treinta y tantos hombres de su Estado Mayor.

De allí siguió la campaña que había empezado el movimiento revolucionario, hasta encontrarse en la batalla de Tres Árboles, en la que tanto se ha distinguido como héroe de la jornada.

Después de esta gran batalla el coronel Lamas, siguió la marcha hasta incorporarse con el general Aparicio Saravia, operando conjuntamente en todos los demás combates de importancia; cuyo valor militar siempre fué sobresaliente.

Fué uno de los factores principales en el convenio de paz y del acuerdo electoral.

La personalidad de Diego Lamas se había destacado en la historia actual de la República con rasgo de notable severidad y firmeza, desde que las circunstancias le hicieron afortunado y caballeresco adalid de una causa noble y simbólica aun cubierta por el color de la divisa partidaria.

Un golpe inesperado ha dado rudo término con la muerte, á la brillante carrera del valiente y joven militar austero que hace apenas unos cuantos días vió celebrar el primer aniversario de sus pasadas victorias en los campos de batallas, donde ha luchado por el derecho de las instituciones de su patria, cuya bandera ha llevado al fuego, con singular decisión para defenderla y sostenerla en alto con rara constancia y valor.

Era ríjido, sereno y valeroso en la guerra, uniendo á una reserva napoleónica de pensador un frío arrojo fatalista de elegido, consagró en la campaña el tipo del oficial-ciudadano, consciente de la justicia de su causa y seguro de la razón de su derecho, refractario á estrepitosos entusiasmos de barricadas, pero también inaccesible á comunes flaquezas de caudillo que la reconocida firmeza de su carácter rechazaba.

Este correcto dibujo de figura militar se completó en la paz, con las manifestaciones de un criterio juicioso y reflexivo, al que se agregaban condiciones de seriedad y modestia que no logró alterar el entusiasmo meridional persiguiéndole á cada paso con halagos, victores y aun adulaciones deferidas siempre por la multitud al triunfador endiosado.

Estas condiciones personales que tan propicia oportunidad y campo encontraron para manifestarse en las alternativas de la situación en que entró á actuar, hacían del coronel Diego Lamas una personalidad distinguida en el país, cuyo futuro parecía reservarle alto lugar en los primeros puestos.

Terminada la guerra, fué el que después del desarme selló en la cruz el pacto fraternal estrechando con simpática expon-taneidad la mano del general Benavente jefe del Estado Mayor gubernista; y acogido á la vida pacífica fué distinguido con honorífico cargo en su autoridad directiva por el Partido Nacio-nal, ara de sus sacrificios, que veía en el una personalidad de brillante porvenir.

Tal es el hombre que después de arrostrar impunes tempe-tades de plomo, atravesando dos y tres veces la República á caballo, había de venir á morir víctima de su caballo de paseo, dejando escapar por la horrible herida abierta en su cráneo una vida cara al país.

Su agonía fué digna de sus antecedentes de carácter, breve y silenciosa. Entró á la muerte como entraba en batalla, sin que se contrajera un solo músculo de su cara estoica.





LA MUERTE DEL CORONEL DIEGO LAMAS

Los primeros auxilios

Uno de los primeros testigos de esta escena, que llegó al sitio donde había caído el señor Lamas para socorrerlo, fué el señor Juan Manso, y como ninguno atinara á tentar alguna cura, alguién le colocó el sombrero sobre la cara, pues el cuerpo cayó boca arriba.

En este momento, es que el guardia civil Martínez, de regreso de la comisaría adonde había conducido el caballo, no permitió á ninguno de los numerosos curiosos, que se tocara el cuerpo.

Casi al mismo tiempo llegaba allí el subcomisario de la 19.^a sección, señor Ayala, quien pasándole la mano por detrás del cuerpo, sentó al señor Lamas procurando con un pañuelo quitarle de la boca los cuajarones de sangre que le impedían casi la respiración. Apenas la caja del cuerpo fué puesta en posición vertical, de los oídos del herido brotaron dos verdaderas fuentes de sangre, que semejaban dos surtidores de agua. El señor Lamas, á causa del fuerte golpe recibido, no pudo pronunciar una sola palabra y apenas un débil y ronco quejido indicaba su sufrimiento.

El señor Ayala, sin perder momento, ordenó á uno de los presentes que fuese á buscar al almacén cercano, algo en que trasportar al paciente á aquel negocio, trayendo al efecto un colchón, sobre el que fué colocado el cuerpo, que condujeron en seguida á una de las piezas inferiores de la casa del señor

González, los señores Félix Badoc, domiciliado en el pueblito Nuevo París, Jose Borbia y Antonio Capela domiciliados en el Camino Nacional, y Juan Bautista Bidart, que tiene su casa en la calle Agraciada.

La señora Carmen G. de Mazini, ofreció á la autoridad su casa para ser alojado el cuerpo del señor Lamas, pero su generoso ofrecimiento fué rehusado, porque más cerca quedaba el almacén anteriormente citado.

La caída fatal

Al llegar el caballo frente á la tranquera de la quinta del señor González, que está situada á unos 20 metros del mojón de piedra del kilómetro 5 del Camino Nacional, dió una espantada, arrojando de un bote al señor Lamas, quien, es de presumir que, desprendiéndose del estribo de la derecha quedara detenido en su empuje hacia adelante por habérsele enganchado el espuelin del pie izquierdo en el estribo.

El golpe fué horrible. El señor Lamas cayó para atrás, dando con el occipital en pleno macadam, destrozándose materialmente el cráneo, pues la herida que se había producido corre de arriba á abajo en la parte posterior de la cabeza y mide una extensión mayor de cinco centímetros. Después de ser arrastrado unos cinco metros se desprendió el pié preso en el estribo quedando el cuerpo tendido en tierra.

El caballo una vez libre de su jinete, continuó á la carrera por más de cinco cuadras, siendo atajado por un guardia civil de la 19^a sección.





EL ACCIDENTE DESGRACIADO

DUELO GENERAL

LAS PRIMERAS INDAGACIONES

Con la rapidez del caso nos dirijimos en cuanto tuvimos la fatal noticia al paraje donde había caído el coronel Lamas.

Llegamos al almacén del señor D. Manuel González, sito en la esquina de los caminos Nacional y Tablada y señalado con el N.º 101.

El dueño del almacén citado, Manuel González, como queda dicho, enterado del objeto que nos guiaba, se puso en el acto á nuestra disposición designándonos al señor Juan Manzo como una de las personas más apropiada para adelantar todos los detalles del hecho. El señor Manzo, con la mayor buena voluntad, comenzó á relatarnos detalladamente la manera como venía el señor Lamas á caballo, con dirección al Paso de Molino. En este instante llegaba al almacén la vecina de nombre Carmen Galiano de Mazini, quien á su vez nos ratificó las declaraciones del señor Manzo ampliándolas en parte.

Como venía Lamas

Según esas versiones, Lamas había salido de su casa como habitualmente acostumbraba hacerlo, á las 7 a. m. con dirección á Colón, montando su caballo favorito.

Súponese que una vez de vuelta de aquel pueblo y como á una distancia de 5 cuadras más afuera de la casa de negocio del señor González, el caballo se encabritara y como el señor Lamas le apretara los ijares para reducirlo á la obediencia, el animal se exasperara más aún, emprendiendo una carrera vertiginosa. Así lo vieron pasar los vecinos cuyas versiones recogimos, diciéndonos también que el ginete, sujeto de la cabezada de la montura, daba fuertes voces de auxilio, tratando de conservar el equilibrio.

El almacen de González

La casa donde exhaló el último suspiro el valiente ex-jefe del Estado Mayor del ejército revolucionario, es de modesta apariencia. Tiene dos frentes pintados de blanco que miran á los caminos Nacional y Tablada, constando, además del salon donde está instalado el negocio, de varias piezas y un gran patio cubierto por hermoso parral y algunos árboles frutales. La pieza donde fué colocado el señor Lamas, que es precisamente el dormitorio del almacenero González, da al patio citado. Es de modesta apariencia y medirá próximamente unos cinco metros por lado.

En uno de sus ángulos, fué donde se extendió un catre sobre el que se colocó el colchón en que el señor Lamas fuera conducido. Muchas personas penetraron en la pieza conjuntamente con los que llevaban el cuerpo, ansiosas por darse cuenta de la gravedad de las heridas que recibiera el señor Lamas.

La muerte

También penetraron en ese momento los doctores Rodríguez y Díaz Ramírez, el primero médico de policía de Extramuros, que habían sido llamados con la urgencia del caso, y que procedieron á reconocer al herido, acompañados de los señores comisarios Cancela, de la 10.^a sección, Sanguinetti de la 19.^a y oficial Mongiardino de esta última. Impuesto el doctor

Rodríguez de la gravedad de las heridas que presentaba el señor Lamas en la cabeza y en el brazo derecho, procedió primeramente á lavarle el cráneo y facilitarle la respiración que se hacía por momentos más penosa. Se le suministró con una cucharita un poco de agua y cognac, pero el paciente la devolvió mezclada con una bocanada de sangre. La vida del infeliz señor Lamas se extinguía por instantes. Una palidez cadavérica se extendía por su semblante, indicando bien á las claras que la muerte no podía tardar en sobrevenir.

Y efectivamente, se le vió hacer todavía un supremo y doloroso esfuerzo, y el último hábito de vida se escapó en un suspiro prolongado. Eran entonces las 10 y 20 de la mañana.

El doctor Rodríguez dirigiéndose á las personas allí presentes, exclamó con voz conmovida:

— Señores: el coronel Lamas, acaba de morir.

El efecto que estas palabras produjeron entre los presentes fué doloroso en extremo. A más de uno se le llenaron de lágrimas los ojos, intensamente impresionados por la triste realidad.

La noticia cundió por aquellos alrededores con la rapidez que caracterizan á estos tan infaustos sucesos, viéndose pronto el almacén del señor González, invadido por un numeroso público que intentaba á toda costa enterarse de los detalles del trágico accidente. La autoridad tuvo entonces que establecer un riguroso servicio de vigilancia frente á la habitación, impidiendo el acceso á ella de toda persona desconocida. El señor Domínguez, acompañado de su secretario y ayudantes concurrían poco después al almacén de González.

La madre del señor Lamas

A conocimiento de la respetable señora madre de Lamas llegó la infausta nueva de la desgracia acaecida, enviando aquella señora dos sirvientas para que se informaran de la gravedad del accidente. Cuando las comisionadas formularon las preguntas del caso á las personas que se encontraban ante el cadáver, se adelantó el señor Jefe Político rogando-

les fueran á participar á la atribulada madre, que el señor Lamas se hallaba herido de bastante gravedad, pero que los médicos que lo asistían no desesperaban en salvarlo. Sin embargo de esta esquivez, no faltó quien les diera la fatal noticia con las precauciones debidas, noticiándoles que el cuerpo había sido conducido ya á la quinta del señor Anaya sita en la calle Lucas Obes número 74.

Traslacion del cadáver

Indicada por uno de los presentes la conveniencia de trasladar el cadáver á la quinta citada, el señor Dominguez ordenó se solicitase telefónicamente la ambulancia de la Jefatura, que llegaba al poco rato.

Conducido el cuerpo al vehículo, por los señores Mariano Pereyra Nuñez, el doctor Quintela, Luis Pastoriza y el comisario señor Sanguinetti, y una vez estas personas instaladas en su interior, la ambulancia se puso en marcha seguida por un numeroso cortejo.

El colchón donde fué acostado el señor Lamas quedó completamente empapado en sangre, mezclada con algunas partículas de masa encefálica.

El trayecto

Muchos carruajes seguían al carro, y al llegar éste á la confluencia del Camino Nacional con la calle Agraciada, un coche que en sentido contrario venía velozmente se detuvo, bajando de él, el hermano del infeliz caudillo nacionalista, comandante Gregorio Lamas, que penetró en la ambulancia poniéndose ésta de nuevo en marcha.

Al doblar por la calle Matta otro carruaje se detuvo al encontrarse con la comitiva. En él venía la desconsolada anciana señora Mercedes Delgado de Lamas, madre del extinto acompañada del doctor Cuenca.

En casa del doctor Anaya

Llegado que hubo el cortejo á la quinta del señor Anaya, fué bajado el cadáver, conduciéndosele á una de las piezas del ala derecha del edificio, donde se colocó en una cama, procediendo el Dr. Quintela, ayudado por otros señores á mudar la ropa que vestía y lavarle el rostro manchado de sangre. El coronel Lamas dormía el sueño eterno, presentando su rostro la misma severidad tranquila que lo rodeaba como una aureola aún en los campos de batalla.

Mas que muerto parecía dormido y ninguna contracción de dolor lo desfiguraba.

Presencióse entonces una escena por demás tocante.

La anciana madre de Lamas había conseguido entrar al jardín, atravesando con dificultad por entre el inmenso gentío que se aglomeraba á la puerta.

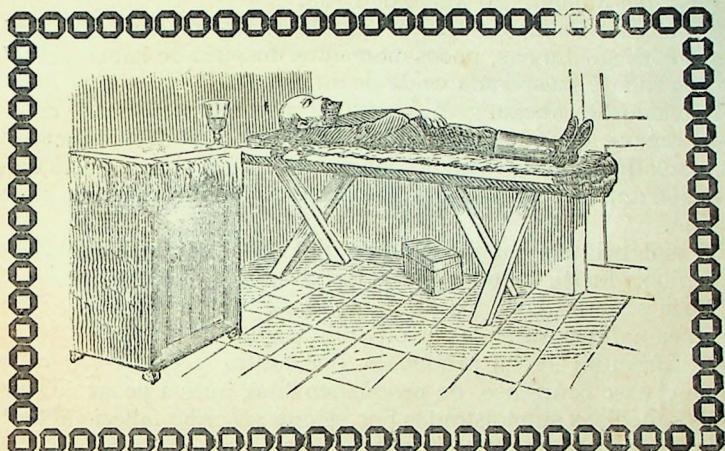
Su hijo Gregorio le salió al encuentro y arrojándose en sus brazos rompió en un desgarrador sollozo. En esos supremos instantes la serenidad de la anciana era inverosímil pues al contemplar la desesperación de su hijo, exclamó animosamente:

—Hijo mio, valor. Dios lo ha querido así. Resignémonos.

Entretanto, llegaban á la casa de Anaya los personajes más salientes del Partido Nacional, hondamente impresionados por el trágico fin del prestigioso ciudadano. Las escenas dolorosas que se produjeron entonces y que rehusamos describirlas, fueron innumerables.

El cadáver vestía traje de levita, habiéndosele cubierto la cara con un pañuelo de seda azul oscuro.

En la improvisada capilla ardiente se sucedían los visitantes á intervalos cada vez más cortos, notándose también la presencia de algunas señoras. Frente de la quinta se veían á uno y otro lado de la calle, largas filas de carruajes cuyo número aumentaba por momentos.



El cadáver de Lamas en el almacén de Manuel González

El informe médico

Transcribimos á continuación el informe médico, pasado á la Jefatura de Policía, por el doctor Rodríguez.

Paso del Molino, 20 Mayo de 1898.

Señor Jefe Político:—He reconocido en la mañana de hoy al señor Diego Lamas, pocos momentos después de haber sufrido una ruda é inesperada caída de su caballo.

Ha caído de cabeza, golpeándose la parte superior del cráneo, región occipito-parietal media, contra el suelo rocoso del macadám, produciéndole una ancha herida en esa parte de dirección antero-posterior y de unos cuatro centímetros de extensión.

La violencia del choque produjo una fractura de la base del cráneo con fuerte hemorragia por el conducto auditivo izquierdo, boca y nariz, con pérdida inmediata del conocimiento y crepitación huesosa en la región sub-occipital.

Esta fractura se ha producido por contra golpes y son como en el caso ocurrente de pronóstico fatal, pues á pesar de los auxilios médicos suministrados por el que suscribe falleció á los pocos momentos en mi presencia.

Espero poder entregar en la oportunidad el certificado de defunción correspondiente, con el diagnóstico de la fractura de la base del cráneo. Saluda á V. S. —Sebastian C. Rodriguez, médico forense.

Conservación del cadáver

A las 2 y 1/2 de la tarde del día 20 los doctores Quintela, Mondino, Ponce de León y el practicante Ernesto Quintela, procedieron á aplicar al cadáver las inyecciones antisépticas para retardar la descomposición. La operación fué bastante larga, efectuándose en la habitación donde estaba depositado el cadáver desde los primeros momentos.

Se cerraron las puertas para evitar la aglomeración de curiosos, permitiéndose la entrada únicamente á las personas allegadas á la familia y á los ex-ayudantes del extinto coronel Lamas.

Los médicos dieron por terminada la operación á las 5 de la tarde. Se dejó el cuerpo en la mesa hasta que llegó el ataúd en que fué colocado. Muchas personas presenciaron la tarea siendo necesario tomar enérgicas medidas para que no se produjeran aglomeraciones peligrosas.

El coronel Aldama, Pedro Echevarría, Alonso y algunos jefes de la pasada revolución permanecieron largo rato en la habitación donde se hallaba el cadáver.

La capilla ardiente

En el corredor de la quinta de Anaya se improvisó la capilla ardiente. De la puerta de la habitación penden grandes paños negros y en el centro, sobre una tarima alta, está colocado el riquísimo ataúd, de caoba negro con abrazaderas de plata y tapa de vidrio con inscrustaciones del mismo metal. El interior de la caja está cubierto de gró violeta. La cabeza del coronel Lamas descansa sobre una almohadilla de igual género. Su rostro conserva la misma placidez de las primeras horas.

Cubre el cuerpo una riquísima bandera nacional de seda con el sol bordado en oro una cinta con ésta inscripción: "Club Nacional general Diego Lamas".

Esta bandera es un obsequio del Club General Diego Lamas, del Salto. El sol cubre el pecho del extinto. Las coronas que rodean al féretro son cinco: que han sido colocadas á la cabecera, una de los señores Carlos y Ernesto Behrens, á los pies otra de los nacionalistas de la 2.^a sección y á los costados dos violetas artificiales del Club Leandro Gómez, otra de laurel y encina de la señorita Aurelia Viera, y la última de flores naturales, con esta dedicatoria: "A su jefe y amigo.—Sus ayudantes.

Resoluciones del Directorio Nacionalista

Se reunió extraordinariamente el Directorio del Partido Nacional, con motivo del doloroso acontecimiento que ha consternado á esta sociedad, para disponer los honores que debían tributarse á los despojos mortales del ex-jefe del Estado Mayor revolucionario.

El Directorio nacionalista consideró de su deber en primer término hacerse cargo del entierro del ilustre caudillo.

— Resolvió además reclamar de la familia el cadáver para hacerle los honores correspondientes, aceptando desde luego el ofrecimiento recibido de la Comisión Directiva del Club Nacional para velar el cadáver en el local de ese Centro hasta el momento de su conducción á la última morada.

— Resolvió pasar una nota de condolencia á la madre de Diego Lamas y demás deudos, á nombre del Partido Nacional, al cual había servido con abnegación ejemplar.

— Se dió cuenta de un sentido telegrama enviado al Directorio Nacionalista por el ciudadano don Agustín de Vedia, expresando sus condolencias y se acordó su publicidad.

— También se dió cuenta de un telegrama de los orientales residentes en Buenos Aires, encargando al Directorio se envíe una corona en su nombre á la casa mortuoria.

Se resolvió comisionar al doctor Aureliano Rodríguez Larreta para que en el acto de dar sepultura á Lamas pronuncie el discurso oficial á nombre del Directorio.

Se acordó publicar el siguiente manifiesto:

PARTIDO NACIONAL

El coronel don Diego Lamas ha muerto.

Genio militar, talento político, pureza de sentimientos, amor acendrado á su país, honradez intachable, todo lo reunía este hijo esclarecido de la patria, que acaba de ser arrebatado al

afecto de sus conciudadanos por un hecho fatal, cuando se hallaba en la edad más vigorosa y fecunda de la vida.

Es una pérdida irreparable.

El lugar que él ocupaba nadie puede ocuparlo con iguales títulos é iguales méritos.

El Directorio del Partido Nacional espera que sus restos serán cubiertos de flores, en su marcha hasta la última morada, y que todo Montevideo con su presencia en ese acto solemne rendirá un justo tributo al varón ilustre que era una promesa de redención para la patria, después de haber sido en la lucha cruenta entre hermanos, el heraldo de los sentimientos humanitarios, abriendo así una nueva era de concordia y civilización.

El entierro tendrá lugar mañana á las 9 a. m., partiendo el cortejo del local del Club Nacional calle 25 de Mayo esquina Treinta y Tres, y se harán un honor á sí mismos todos los que concurran á rendir ese último homenaje al gran patriota.—Montevideo, Mayo 21 de 1898.—Juan J. de Herrera, Carlos A. Beerro, Juan Gil, Manuel Artagaveytia, Rodolfo Fonseca, Aureliano Rodríguez Larreta, Manuel Quintela, Eduardo Acevedo Díaz, Enrique Anaya, José Luis Baena, José Romeu, Arturo Heber Jakson.

El féretro en el Club Nacional

El féretro fué trasladado al Club Nacional, calle 25 de Mayo esquina Treinta y Tres.

El Club Central también ofreció su local pero se optó por aquél, que es más cómodo y espacioso.

Ese mismo día se comenzó á enlutar el Club Nacional. Todos los salones se alfombraron de negro y en todas las puertas se colocaron cortinas también negras.

El túmulo se elevó en el gran salón del frente de la entrada, llevando la inclinación necesaria para que se pueda ver el cuerpo á distancia. También la escalera está alfombrada y enlutada desde la puerta de la calle.

La capilla ardiente

El aspecto más solemne presentó por la noche la capilla ardiente; la guardia de honor del cadáver se turnaba cada media hora. Las banderas oriental y argentina cubrían el ataúd y as señoritas y señoritas se inclinaban sobre el féretro besando el vidrio con respecto.

La pared en que estaba colocado el retrato de Artigas, así como las del lado derecho se habían habilitado para la colocación de las coronas de más valor, y las placas de oro, plata y bronce enviadas por corporaciones, damas nacionalistas y sociedades.

Coronas y Cruces

Fué inmenso el número de coronas y cruces que se enviaron al Club Nacional. El acarreo no cesó en toda la noche, se ha gastado una verdadera fortuna en flores, calculando que las coronas pasaban de mil. Nunca se ha visto cosa igual en Montevideo y los floristas se muestran todavía asombrados de la manera como Montevideo se ha asociado al duelo que la muerte de Lamas produjo; en el Club no había sitio para tanta corona.

Bandera argentina

El señor Jacobo Z. Berra, que vino de la vecina orilla para asistir al entierro del coronel Lamas, fué portador de una bandera argentina que el general Levalle, Ministro de la Guerra del vecino país, le entregó con el encargo de hacerla colocar sobre el feretro donde están depositados los restos del ilustre militar nacionalista.

Esa bandera cubría conjuntamente con la oriental, el cuepo del coronel Lamas.

El rasgo de un zapatero

Se dice que un humilde zapatero, confeccionó en cuanto supo la muerte de Lamas, un par de botines muy finos para que se los pusieran al cuerpo antes de sepultarlo.

Rogó tanto, y en forma tan conmovedora, que no hubo más remedio que acceder á sus deseos. El mismo sacó con toda prolijidad y cuidado los botines que tenía puestos el cadáver, sustituyéndolos por el par de borceguíes de cabritilla que llevaba. Todos presenciaron con los ojos llenos de lágrimas la tocante escena.

El pobre hombre, cumplidos sus deseos, se retiró sollozando convulsivamente.

El sepelio

La ciudad de Montevideo no recuerda haber presenciado manifestación de duelo tan imponente como la que se hizo al virtuoso militar.—Ciudadano cuya memoria permanecerá eternamente grabada en el corazón de la mayoría de sus compatriotas.

El cadáver del coronel Lamas, conducido por los miembros del directorio del Partido Nacional, descendían la escalera del Club emprendiendo el cortejo su lenta marcha hacia el cementerio.

Inmediatamente detrás del ataúd iba la guardia de honor formada por los nacionalistas, siguiendo los demás acompañantes en el siguiente orden de la formación: Los deudos, el directorio, el consejo consultivo, las comisiones departamentales, las seccionales y los delegados de la campaña; en seguida una columna formada por los que habían militado en el ejército de la revolución, llevando como distintivo en el brazo derecho un lazo de crespón

con una pequeña moña celeste, después los socios del Club Nacional, del Club Central y Club Leandro Gómez; á continuación los correligionarios del extinto venidos de San José, Minas y Canelones y finalmente los acompañantes sin representación oficial, formando un gran grupo en que estaba representada el homenaje de los que no militaron.

En el Cementerio

Desde temprano, la policía había tomado sus medidas en el Cementerio Central. Se impidió la entrada de todas aquellas personas agenes á la policía y á todas las comisiones nacionalistas.

Al efecto, planteles de las comisarías 2.^a, 3.^a, 4.^a y 5.^a fueron d'seminados, á la entrada del Cementerio dentro de él y detrás de la pared que mira al mar. La orden era precisa y terminante: No se permite la entrada á ningún curioso.

A las 11 1/4 a. m. llegó la inmensa columna á la puerta de la Necrópolis. Pocos momentos antes el Escuadrón de Seguridad y 40 hombres de la policía de estramuros haciendo sobrehumanos esfuerzos consiguieron despejar la plazoleta del frente; así es que cuando llegó el cortejo, la Comisión Directiva del Partido Nacional y las comisiones de honor rodeando el féretro intentaron colocar éste sobre una mesa en medio de la plazoleta. Sin embargo esta acertada medida, que de antemano, habían resuelto tomar los miembros de la Comisión de duelo, no pudo llevarse á cabo puesto que con empuje espantoso la compacta columna que llenaba toda la calle Yaguarón se precipitó hacia el claro que procuraba dejar la policía alrededor del féretro, poniendo en serio riesgo á los que conducían el cadáver.

En vista de que era imposible el establecer la tribuna en la plazoleta, el cuerpo delex-coronel Lamas fué coloca-

do en una mesa al pié de las gradas de la puerta principal del Cementerio. El tumulto continuaba aun y como hubiese comenzado el doctor Romeu á pronunciar su discurso, el doctor Palomeque subió entonces sobre el banco, que hacia las veces de tribuna, y con voz potente pronunció las siguientes palabras: "por la dignidad del Partido Nacional y el nombre del coronel Diego Lamas, pido un silencio sepulcral, para oír las inspiradas palabras del doctor Romeu", El efecto que produjo esta ligera alocución fué de efecto maravilloso.

La inhumación

Sería la 1 y 45 minutos de la tarde cuando fué conducido el féretro á la capilla donde el padre rezó el oficio de difuntos, acompañado de otros sacerdotes. Despues el cuerpo del coronel Lamas fué llevado á la tumba. Bajo el cielo explendoroso de primavera, entre la frescura de las flores y de las hojas, acompañado por sus amigos queridos y sus fervientes admiradores que lloraban su muerte prematura, el coronel Lamas bajó al sepulcro, como bajan los héroes: entre el dolor de un pueblo entero que califica su eterna ausencia, de pérdida irreparable.

Con esto se dió fin á la ceremonia fúnebre.





LOS DISCURSOS

I

Discurso del doctor Romeu

Señores:

El directorio de la agrupación cívica de que formo parte y la comisión organizadora del Club Nacional que tengo el honor de presidir, se ha honrado tributando en sus salones, el triste homenaje de su admiración y de su respeto á la memoria querida del abnegado ciudadano cuyos vehementes anhelos, se encerraban en una sola patriótica aspiración: la grandeza y la felicidad de la tierra nativa á la que había consagrado todas las facultades de su robusta inteligencia, todas las energías de su alma grande y virtuosa y todos los sentimientos de su corazón noble y patriota.

Al ser designado para hablar en este momento á nombre de ambas corporaciones, torturo en vano mi mente para hallar palabras que correspondan á la solemnidad de este acto, porque cuando el estupor embarga los ánimos la palabra enmudece, para dar lugar á la concetración del sentimiento.

Quiero sin embargo deciros que existen en la histori

contemporánea de las naciones y acontecen en la vida normal de los pueblos, sucesos que inducen á veces á los poderes públicos, á expedir decretos de duelo nacional; pero, ocurren también en determinadas circunstancias, acontecimientos fatales é inesperados que desde el primer momento dibujan la consternación en los semblantes é inundan los ánimos de profunda pena, sin hacer lugar á oficiales decretos, capaces de impresionar el espíritu público mediante aparatosas demostraciones.

Es que entonces, como en el caso presente, está de luto el corazón del pueblo por la naturaleza misma del suceso, que hace desaparecer en un solo instante á un hombre joven, robusto, lleno de vida, modesto, austero, virtuoso y esforzado, en quien la patria y sus conciudadanos cifraban grandes esperanzas, puesto que las acciones heroicas que llevaba á término con gran suma de valor, de abnegación y patriotismo, envueltas como están en una aureola de gloria que no se empañará jamás, no se borran fácilmente del espíritu popular, antes bien, se acrecientan y se agigantan para pasar á la posteridad en las alas de la tradición y en las páginas mas brillantes de la historia.

Las lagrimas, han corrido abundantes en muchísimos hogares ante la muerte inesperada del malogrado coronel Diego Lamas; y dada la humana naturaleza conmovida como está la población, como en los días que se experimentan los efectos de las grandes desgracias nacionales, se explica lógicamente, que así suceda porque se trata de un ciudadano que á la vez que puso su propia sangre al servicio de nobilísimos ideales, supo también conciliar los horrores de la guerra con los mas exquisitos deberes de la humanidad, prodigando á manos llenas entre el fragor y el exterminio delicados sentimientos que hacen brotar la palabra "Gratitud" de los lábios mismos de enemigos, á quienes momentos antes combatiera con los brios del león y con la rigidez inflexible de la consigna militar.

El directorio del Partido Nacional al dar cuenta al pueblo del infiusto suceso, ha manifestado la esperanza de que los restos de este hijo esclarecido de la patria, serían cubiertos de flores y que todo Montevideo rendiría un justo tributo al varón ilustre, que era una promesa de redención para la patria, después de haber sido en la lucha cruenta entre hermanos el heraldo de los sentimientos humanitarios.

La realidad, sin embargo, supera con mucho á las esperanzas de esta cooperación, por cuanto llegan por todas partes manifestaciones elecuentes de dolor, á la vez que acuden presurosos de todos los ámbitos de la República y aún del extranjero, ciudadanos y amigos que anhelan tributar demostraciones de cariño, al jefe denodado, que si fué grande y generoso en la hora suprema de la lucha y del sacrificio, grande y austero se mostrara también en los momentos solemnes en que la expectativa nacional reclamara la paz, como beneficio inestimable para el país y la concordia, punto inicial de la reconstrucción de los poderes públicos bajo base que á la patria auguran un porvenir venturoso.

Y en efecto, Lamas no era tan solo un intrépido militar; era un esclarecido ciudadano, más oriental que partidario, carácter integerrimo á cuyos nobles propósitos la patria hubiera tenido que agradecer algún dia proyecciones civilizadoras y progresistas, si un accidente fatal no hubiera venido á tronchar con premura, una existencia destinada á cultivar el fomento de la democracia y la difusión de las virtudes republicanas.

Al abrirse la tumba que ha de recibir el cuerpo inanimado del que afrontó peligros sinnúmeros en cumplimiento de sagrados deberes del civismo, llegue nuestra invocación fervorosa hasta los manes de nuestro héroe de épocas legendarias. Acompañen ellos la memoria del que fué un émulo en la generación presente; y tú ¡oh patria!, tierra uruguaya que vas á guardar en tus entrañas los despjos inmortales de uno de tus hijos pre-

dilectos, guárdalos con amor infinito para ejemplo de las generaciones venideras, ya que en el cariño de sus compatriotas ni la inmensidad de nuestro dolor puede contrarrestar el hálito de muerte que se cierne sobre su cabeza alta, apagando los latidos de su corazón esforzado.

He dicho.

II

Discurso del Señor Acevedo Díaz

El discurso del doctor Acevedo dice así:

“Alma templada al calor de los grandes sentimientos del civismo, que fueron sus adoraciones íntimas desde la infancia, así como se templa para que no se rompa la hoja toledana, Diego Lamas tenía la dureza y los destellos del acero, tenacidad admirable en la lucha y una clarividencia singular para terminarla con honra, antes que la fuerza brutal ganase terreno por el exceso del número al patriotismo desarmado y harapiento.

Compréndese así que él, soldado por vocación y temperamento, no pusiese trabas á la tentativa de paz en Aceguá; y más tarde contribuyese á realizarla, sin renunciar á la pelea, en tanto el abversario no diese pruebas de que era el amor á la patria, y no la soberbia, el móvil que le aconsejaba tentar por un arreglo decoroso la vuelta al reinado de las instituciones y á la fraternidad entre los uruguayos.

Justo es decir, y por lo mismo corresponde manifestarlo aquí que su nobilísimo compañero Aparicio Saravia, pensaba y obraba de igual manera; sin que por eso entrase en los cálculos del uno y del otro apartarse de la zona del fuego mientras que el enemigo no se presentara francamente en el campo con el olivo de la concordia en la mano y en la otra la trulla, para construir lo que habían derribado el delito reiterado y la ignominia permanente.

No se quería una iniciativa de política refinada, sino una de fervor republicano.

De este ilustre varón que hemos perdido, afirmarse puede, en la mocedad de su gloria, la posteridad ha de decir que fué espada y pensamiento; porque en el combate hirió de muerte lo que convenía extinguir y fuera del combate pugnó por el respeto del derecho que sobrevive al desastre del vencido, pensando con alteza que ese derecho á la libertad y á la vida es tan inviolable como el del vencedor.

Lauro precioso, que ni en las mismas vidas paralelas de Plutarco se vé ornando las sienes de inmortales guerreros; pues que en aquellas épocas remotas, el exterminio era la ley, sustituido por la servidumbre, cuando se alcanzaba la gracia de la existencia.

Ni matanza estéril, ni servilismo vergonzoso. Tal era su divisa.

Magnánimo en el triunfo, como grande en la derrota, Diego Lamas perseguía en la guerra el apartamiento del obstáculo, no la carnicería cruel que dá fama á los caudillos sanguinarios y deshonra una bandera; porque entendía que la guerra como mal inevitable y necesario, solo tenía por objeto allanar el camino á las libertades públicas, para reconstruir con el esfuerzo de todos, dentro de una responsabilidad solidaria, al ideal de la democracia: el gobierno del pueblo por el pueblo: el gobierno libre.

Si abrigó ambiciones el que tuvo de su parte el prestigio de la espada, no lo sé. Sé únicamente que tuvo la ambición del renombre por sus eximias obras, y que lo ha conquistado en el terreno donde se ponen á prueba los brios y se pasa por el crisol de las abnegaciones supremas.

De este punto de vista, Diego Lamas señala un progreso notable en nuestras prácticas de guerra, y deja bien sentado el principio de que se sirve á una idea política por lo que ella vale en si misma, siendo los hombres para la causa, y no la causa para los hombres.

Modesto en su misma grandeza, dijome una vez que en la victoria de Tres Arboles había cabido principal parte al heróico y extraviado José Núñez; que la retirada habilísima de Cerros Colorados, había sido obra exclusiva del comandante en jefe, asesorándolo él en puntos de detalle; y que en Guaviyú, Aparicio Saravia había salvado al ejército de la revolución con la pujanza de un gigante. Y pidióme que hiciera uso de estas sus opiniones, porque con ello ganaría la justicia, que dá á cada uno lo que es suyo, sin cercenar en un ápice, la superioridad moral del que la invoca.

Ahora que Lamas cerró sus ojos, yo lc digo, tributando merecida ofrenda á sus altas facultades y á sus minentes virtudes!

Le hemos perdido para siempre!

Y ese hombre se lleva muchas cosas grandes en la cabeza.

El golpe es muy rudo, demasiado cruel! El hado fatal lo dió en cerebro.

Pero, hay que alzarse siempre sobre los enormes infortunios, con la fé profunda que tentó y agigantó en la vida á los que fueron modelos insuperables, sin que el duelo acogoge y anónade, al punto de aparentar indignos del que dió ejemplo y alcanzó el envidiable privilegio de perdurar en el bronce de la historia.

Verdad es: el Partido Nacional está de luto riguroso!

El prócer exclarecido que acaba de sucumbir, no era una gloria suya solamente; lo era también de la República, que honró con sus relevantes cualidades de ciudadano y de militar, y lo es de su raza y de su pueblo por el espíritu, hondamente humano, que iluminó todos sus actos en la paz como en la guerra, apareciendo siempre en primera línea para coadyuvar en la lucha al imperio de la verdad y de la justicia, y poner á raya al peligro con su persona al frente en las grandes peleas heroicas.

Por eso; porque el suceso es brutalmente doloroso; por

que es tan implacable que desgarra sin piedad el corazón, debe la fibra resistirlo más y retemplarse ante la inmensa desgracia; pues se impone á los partidos viriles en sus días de angustia, y lo impone la propia religión de sus ideales, el deber de enjugar el llanto ante el cadáver de sus campeones, é inspirarse en aquellos de sus hechos que surgen coronados de luz, que edifican y que enseñan, y que á nadie es dado mancillar, sin absoluto reniego de la altivez cívica, de la dignidad del hombre y del pundonor del soldado.

El Partido Nacional, ya no cuenta en sus filas á Diego Lamas. El vacío es infinito!

Su bandera lleva desde hoy crespón, y ese crespón, subsistirá lo que ella subsista; pero tengase en cuenta que esa insignia de duelo, lo es también de gloria, y que es más hermosa la bandera cuando á sus viejos y tradicionales laureles agrega el símbolo de una pena augusta, porque es símbolo de una pena de la libertad y de la patria!"

III

Discurso del doctor Paunero

Vinieron en pos de esta oración viril, las conmovidas, elocuentes y fraternales palabras que pronunció el señor Paunero, cónsul argentino, despidiendo, en nombre de su opulenta y bizarra nación, al prócer uruguayo que vistió su uniforme y militó bajo el sol brillante de la bandera de San Martín.

El discurso del señor Paunero, que arrancó aplausos, á pesar de lo augusto del momento y de lo grave de la ocasión, decía de este modo:

Señores :

Honrado por el Exmo. señor Ministro de Guerra y Marina de la República Argentina, general don Nicolás Lavalle, para expresar sus sentimientos de condolencia en el sepelio

del ex-mayor Diego Lamas, cumple con este deber generoso, prestando un póstumo homenaje al digno militar, cuya vida ha sido tronchada injusta y cruelmente, en medio de su noble y gloriosa carrera.

Uno á esos sentimientos sinceros de sus compañeros de armas, los míos propios.

El mayor Diego Lamas, educado en el ejército argentino, aleccionado en sus filas á los adelantos de la estrategia y de la táctica moderna, fué una esperanza para la República Argentina; — vuelto á su patria, era ya más que una esperanza, era un porvenir seguro para el ejército uruguayo.

Militar austero, ciudadano digno, hombre de corazón sano, desde principios de su carrera empezó á distinguirse en nuestro ejército, como siempre se distinguen los hombres superiores, — como un verdadero carácter — como un modelo del soldado republicano.

Diego Lamas en la República Argentina no fué nunca un extranjero; fué un verdadero argentino. — Acogido en las filas de su ejército como un compatriota, á la sombra del pabellón argentino, cuyos colores son los mismos del uruguayo, — porque sus glorias son las mismas y porque han nacido hermanos á la vida de la libertad y de la independencia: — acogido, repito, en sus filas como un buen compañero, pronto ocupó el puesto de preferencia á que lo hacían acreedor su talento militar y sus meritos personales.

Soldado estudioso, ocupó las horas destinadas al descanso en trabajos de táctica, útiles ensayos que le valieron un justo renombre y las felicitaciones de sus jefes superiores.

Designado para mandar un destacamento en el Chaco, dió pruebas de serenidad y de arrojo contra los indios, sin que ello le impidiera ser humanitario, — con esa grandeza de alma que caracteriza á los espíritus superiores, á los predestinados á la gloria, á los elegidos del valor y de la inteligencia.

Llamado á la administración militar de nuestra patria, ocupó el puesto distinguido de secretario del Estado Mayor del ejército, haciendo notar, como siempre, como en todas las etapas de su carrera, como un soldado modelo, pene-

trado de la conciencia de sus deberes y de la altura de su misión.

El general Capdevila, su último jefe, su grande amigo, dice ayer, al conocer el trágico fallecimiento de Diego Lamas:

“ La muerte del heróico coronel Diego Lamas tiene honda repercusión en el ejército argentino, que lo formó en sus filas como un hijo predilecto. Yo me adhiero al duelo de nuestros hermanos los orientales con toda la efusión de mi alma, y pienso que, la desaparición prematura de estas naturalezas, superiores, retarda el triunfo definitivo de las libertades institucionales, en estas democracias turbulentas de la América del Sud. Llenen de lágrimas y euanas de flores la tumba del valeroso soldado y del noble ciudadano.”

Señores:

Inclinémonos con tristeza ante las palabras sinceras del inteligente general Capdevila, uno de los más fieles compañeros de Diego Lamas, — uno de los que mejor puede hacerle justicia, porque á su lado le vió revelarse un verdadero militar, un ciudadano noble y un soldado valeroso.

El nombre del mayor Diego Lamas queda inscrito en el escalafón militar argentino, como en otra lo fueron los de los valientes orientales Rivas, Fraga, Aldecoa, Villegas, Borges, Calvete, Pagola y tantos más, que fueron heridos unos, y otros postrados por la muerte, bajo los pliegues de la inmaculada bandera del ejército glorioso de mi patria.

Manes del militar ciudadano, descansad en paz.”

IV

Discurso del doctor Berro

El doctor Carlos A. Berro, presidente del directorio del Partido Nacional, habló después con frase reposada, rica en conceptos, sobria en imágenes. La multitud apenas pudo

oirle por haberse producido en esos momentos un ligero tumulto, debido á la aglomeración de gente y al deseo de escuchar que animaba á la muchedumbre.

Señores:

Cumpliendo honroso cometido confiado por el benemérito general Aparicio Saravia, por el valeroso comandante Basilio Muñoz y por el que tuvo la gloria de ser jefe de la 3.^a división del ejército revolucionario, he depositado sobre este féretro testimonios del afecto y del dolor con que se asocian esos ciudadanos á este inmenso duelo, á esta sublime apoteosis discernida por el pueblo uruguayo á uno de sus hijos más esclarecidos. Permitid, señores, que arrastrado por mi propio sentimiento, busque en el cumplimiento de ese deber de amistad y compañerismo una razón, un pretexto que me autorice á alzar mi voz en éste recinto, para unirla á ese gran concierto de profunda pena, dolor y respetuoso afecto que se arranca espontáneo y grandioso de lo más íntimo del corazón de todo el pueblo. Permitid, señores, que siquiera en brevísimas palabras, venga también á dar la eterna despedida al gran ciudadano que llora hoy toda la República.

Sí, la República entera está de duelo.

El golpe fatal que ha trochado el hilo de esa preciosa existencia, ha muerto también una de las más grandes esperanzas de la patria, ha roto una de las más fuertes columnas de la gran obra que en medio de escombros, levanta el patriotismo á las instituciones que nos legaron nuestros mayores.

Las horas que nos separan del luctuoso suceso, sirven solo para aumentar el estupor y la aflicción, dando tiempo á la mente para medir en toda su intensidad, en todas sus proyecciones la enormidad de la desgracia que enluta nuestros corazones.

Este, es, señores, un gran duelo nacional porque el país entero tiene la conciencia de que es un mal de enormes y tal vez irreparables consecuencias. Esta inmensa y nunca vista manifestación de duelo no es solo un acto

de justicia póstuma y merecido cariño al ciudadano austero; al abnegado patriota, al soldado ilustrado y genial: no, es también la explosión del sentimiento de todo un pueblo que comprende que acaba de perder al hombre que parecía ungido por la Providencia, para ser factor decisivo en la conservación de ese desideratum perseguido inútilmente hace tantos lustros por todos los hombres de buena voluntad y recto patriotismo; la consolidación de la paz pública con el imperio de la ley y el derecho.

La muerte del coronel Lamas es sobre todo una gran desgracia porqué es un terrible golpe para la democracia uruguaya. La desaparición de estas grandes y vigorosas personalidades, levantadas por encima de las multitudes sobre pedestal de su propio valer y de sus méritos es siempre lamentable, sobre todo en el seno de estas democracias vacilantes, faltas de experiencias, de las buenas tradiciones, de factores organizados; capaces por si solos de mantener siempre el equilibrio político y social del estado; pero en la hora incierta porque atraviesa la República, la pérdida del coronel Lamas es un inmenso desastre nacional, porque ese golpe ciego de la suerte rompe y aniquila poderosísimo conjunto de fuerzas morales y materiales, que tal vez nadie podrá reunir de nuevo y que en manos de ese patriota eran seguras prenda de orden, disciplina y altruismo, en el seno del Partido Nacional y fuera de este, de moderación y nobles e impersonales aspiraciones.

Por el numeroso prestigio que lo rodeaba, por la fe plenísima en su genio militar, en la entereza de su carácter, en su elevado patriotismo, era Lamas una de las personalidades que hayan aparecido en nuestro escenario político y sería desde luego absurdo suponer siquiera que esos éxitos se alcanzan sin condiciones efectivas. Entre los que han tenido la dicha de tratarle y observarle de cerca en la actuación que le imponían su posición y sus deberes, será difícil hallar uno solo que, juzgán-

dolo sin pasión, no haya reconocido la solidéz de sus conocimientos y el vigor de su gran talento, admirablemente preparado para las luchas de la política y la dirección de un partido ó un estado.

El Partido Nacional guardará con orgullo como una de sus puras y de sus grandes glorias el recuerdo del ilustre ciudadano y del soldado del Quebracho, Tres Arboles y Cerros Blancos.

Otros guerreros, cruzarán mañana los campos de la patria cubiertos con el lauro de la gloria; otros caudillos atravezarán nuestras ciudades levantados en brazos del pueblo que los aclama y victorea; otros ciudadanos llegarán á ser esperanza y paladin de noble causa popular; pero por siempre jamás, mientras exista la patria de Artigas y Lavalleja; cuando se evoque la virtud, el talento y la gloria del soldado ciudadano, cruzará por el espacio, sobre el fondo celeste de nuestro cielo, la noble y severa imagen de Diego Lamas, como modelo, como lección, como bandera de las generaciones que nos quedan y traigan en el alma el culto de lo grande y de lo bueno.

Sobre las altas cimas escaladas por el genio y el patriotismo ha dejado Lamas, como el héroe do Longfellow, la bandera en que un gran carácter había escrito la aspiración de un alma no menos grande excelsior.

Inclinémonos con respeto ante los restos de este ilustre ciudadano y para mitigar en algo el justo dolor que nos abate, pensemos en que si es cierto que los pueblos tienen los gobernantes que merecen, los pueblos en que nacen y en que hallan teatro apropiado hombres de la talla y de las virtudes cívicas y privadas de Diego Lamas, no pueden estar condenados á la ignominia y á la muerte.

Sobre todos los pesares que se experimentan fuera del hogar desolado, ninguno más legítimo que el de los que fueron los compañeros de armas del coronel Lamas, ninguno habrá seguramente más sincero y profundo, que el

del noble y modesto caudillo que condujo con él á la hueste ciudadana en las horas de prueba y sacrificio.

En nombre de él y de los compañeros cuyos nombres he invocado, en el mío propio, coronel Lamas: descansa en paz sobre el suelo de esa patria que tanto amaste y que te debe tanto.

V

Discurso de Luis A. de Herrera

El doctor Coustau, adelantándose á los oradores que tenían misión especial y de carácter preeminente en el acto aquel, se precipitó hablando en nombre de los orientales residentes en la Argentina.

Siguió á Coustau, Carlos Roxlo, pronunciando algunas frases en representación de la juventud nacionalista que había militado en las filas del ejército revolucionario, y de la comisión departamental de Nueva Palmira y siguió á Roxlo, Luis Alberto de Herrera, que habló muy conmovido, pero con fascinadora brillantez, en nombre de los ayudantes del coronel Lamas.

Luis Alberto, que es casi nuestro hermano por el cariño, era uno de los predilectos del coronel, como eran estimados por aquel héroe y por el general de un modo indecible Luis Pastoriza, José María Cabrera, Rodolfo y Luis Ponce de León, Cayetano Martínez, Ángel Uriarte, Sandalio Roselló, Rafael Doll, Guillermo Quintana, José María Aguirre, todos los corazones valerosos que compartían su carpa en las noches de lluvia y sus peligros en las horas de pelea, en las horas en que cantaba sobre las cuchillas sus himnos de muerte el clarín afamado de Camundá.

Luis Alberto nos dijo con elocuencia joven y emocionada:

Señores: Es tan grande la desgracia sufrida y tan profundo nuestro dolor, que casi no me siento capaz

de prestar cumplimiento á un duro mandato, impuesto por la amistad y por el compañerismo, que no se resuelven á abdicar sus hermosos derechos, al borde de una tumba, cuando esa tumba es temprana, es inmerecida, entraña un reto lanzado á la cara de la justicia sobre la tierra, y mucho menos cuando ella se prepara á recoger los despojos de quién honró en vida el nombre histórico de Diego Lamas.

Pero mis palabras pueden deslizarse fáciles y robustas si es que ellas retratan como yo lo quiero, el sentimiento acendrado que las dicta y cuya solaridad comparto gustoso con los buenos camaradas que me han designado para que los represente aquí; para que deponga sobre este nuevo altar de la República todo el cariño que brota en nuestros corazones, hoy tan cruelmente castigados; para que asocie á la glorificación de este grande hombre, el recuerdo inextinguible, porque estas corrientes torrentosas si la muerte alcanza á romperla,— de quienes fuimos sus ayudantes durante la pasada campaña reivindicadora, sus leales soldados y amigos entonces, sus mas sólidos admiradores después; de quienes sus deudos desde este último y miserable 20 de Mayo.....

¿Acaso no podemos titularnos así los que hemos vivido durante meses, absorbidos por la personalidad imponente del heróico coronel Lamas, comiendo el pan espiritual de sus enseñanzas orales en las noches sin auroras del campamento, y aquilatando el alto calibre de su valor apostólico en los días de pelea, de su integridad en las horas de hondo conflicto, de gloria misericordiosa en aquella mañana tremenda de Marzo, de su estoicismo antiguo en la tarde de Cerro Blanco; de su porfiada adhesión patriótica, ya inválido, en esa frontera desolada cuyos aires talvez por flotar sobre los límites de la tierra querida, parecen apagar los más avanzados enardecimientos de sus convicciones sin tacha bien exhibidas cuando el armisticio en Aceguá; de su bondad in-

finita, sobria, pero positiva; de su amor al pais y á la concordia, de su perfección y de su extraordinaria virilidad?

La generación joven, los que pedimos báculo y orientación á la experiencia de los varones virtuosos, perdemos con este caido un padre, que se complacía en ofrecernos la mano para llevarnos sin lesión ni contraste por las encrucijadas del futuro. El Partido Nacional llamado por la fuerza de las cosas, á fundar con el concurso de los buenos orientales, el resguardo perdurable de la ley sobre este suelo tan acreedor á las tranquilidades secunda de la paz honrada, ve desaparecer un brazo de hierro sometido en absoluto á una voluntad más imperiosa todavía, que jamás hubiera sabido esgrimir la espada en detrimento del interés austero. Y el país que recien empezaba á concerle, pero que ya le amaba con el delirio que bautiza las insti ucciones proféticas, pierde al más desinteresado de sus hijos, al más grande de sus ciudadanos y al mejor de sus generales.

Desde esta fecha, la memoria excelsa del coronel Lamas adquiere contornos de leyenda. Su paso por la escena, parece un sueño por lo rápido; y, sin embargo, señala la más espléndida de las realidades incorporadas al libro de nuestra historia.

Cuando hasta la noción clara del deber naufragaba bajo el peso de indecibles oprobios, y calamidades públicas, apareció Diego Lamas trayendo luz en el corazón, luz en el pensamiento, más luz en sus antecedentes de soldado benemérito, y el renombre luminoso también que le dieron en la cuna, un padre ejemplar y una madre tan feliz y tan desgraciada como Cornelio.

Victorioso hermano en prestigio al nobilísimo general Aparicio, ungido por todos con el calor de los grandes entusiasmos, recorre montado en su caballo blanco de batalla, el pais de extremo á extremo, para reabilitar las instituciones y salvar á la nación. Luego, agobiado por la gloria, huye á las ovaciones y solo la muerte puede derrotar-

lo. Diego Lamas vive ya en la posteridad, pero también vive entre nosotros, porque la memoria de sus hazañas y de su grandeza de espíritu, completa una preciosa tradición republicana que el pueblo justiciero no olvidará.

Los que le acompañamos durante la cruzada santa, nos sentimos aplastados por esta negra fatalidad que provoca protestas, arranques de ira y verdaderas desesperaciones. Pero no confundamos el dolor con los desfallecimientos que rebajan la entidad impersonal del ciudadano, que la brecha está apenas abierta y la consigna recibida no caduca con este inmenso duelo. Por el contrario, al despedirnos para siempre de uno de nuestros grandes caudillos, haya lágrimas en el rostro, intensa ternura en el corazón y mucha fortaleza en la voluntad de continuar infatigables la salvadora campaña emprendida. Ese será, el buen seguro, el mejor tributo que podremos rendir á nuestro idolatrado jefe de Estado Mayor y probado amigo, que era ante todo un gran carácter.

En nombre, pues, de los que fuimos carne de su carne y hueso de sus huesos, y en nombre de la valiente juventud nacionalista de la ciudad de Melo, que acaba de confiarne por telégrafo su representación en esta tristísima ceremonia, doy el adios predilecto del pueblo oriental, y juro sobre este féretro sin sombras que es un crucifijo de democracia, fidelidad eterna á la rica herencia de virtudes patricias que el gran Diego Lamas nos dejó.

VI

Discurso del capitán Pereira y Rozas

El capitán argentino Ricardo Pereira Rozas llegado de Buenos Aires en compañía de los tenientes Santiago Vallée y Arenales Uriburu, pronunció una muy elocuente oración tribunicia como delegado y representante de la nación hermana, cuya frente coronan las nieves de las cordilleras y á cuyos pies ondean las aguas del Atlántico.

Entre aplausos y aclamaciones mal contenidas, dijo el ilustrado militar argentino.

«Amigos, compañeros y admiradores del infortunado mayor Diego Lamas hondamente impresionados por su inesperada y prematura muerte, han querido también en esta hora de supremo pesar, de melancolias infinitas, ante la realidad aterradora de lo irreparable, la solemnidad del momento y la majestad del recuerdo, que el mas humilde de los amigos del extinto, exprese con su voz y ante esta tumba, el lacerante dolor que nos consterna y nos abisma. También los que servimos las armas de la patria, tenemos en el alma inagotables raudales de ternura.

Señores: El hado fatal, de modo tan extraordinario como terrible, ha apagado para siempre unos de los cerebros mejor iluminados de los ejércitos del Plata.

Y me expreso haciendo causa comun, porque si Lamas era oriental porque nació en tierra clásica del heroísmo americano, era también argentino porque vistió durante 16 años el uniforme de nuestro ejército, por el que conservó inalterable y sin mengua hasta el ultimo dia de su vida ejemplar é insospechable, la marcada y singular predilección, la fe augusta de sus cinceridades indelebles, tantas veces confirmada con eficacia poco común, en labor paciente y fecunda de nuestra reorganización militar moderna; y otras tantas corroborada, cuando dirigiéndose á sus amigos—del retiro á que con espartana grandeza el mismo se condenaba, después de su acción brillante y verdadera en las reivindicaciones, de los principios que él consideró conculcados, —escribía interesado y como siempre cariñoso, en demanda de noticias sobre la marcha de nuestro pleito, agregando, que una sola indicación ó leve rumor bastaría para reincorporarse incondicionalmente á servir la causa que consideraba suya; si la fatalidad ó la avaricia nos obliga á defender la patria con las armas.

Todo eso lo hizo argentino, todo eso es amor, virtud, consecuencia; todo eso se agradece, se reconoce y se premia si no es verdad finjida la justicia.

Y fué por esos sentimientos conocidos y legítimamente apreciados, que cuando la noticia de su muerte hirió como un rayo el espíritu público argentino, todos los corazones palpitaron con igual violencia, todos los ojos se mojaron con la misma lágrima, y el sentimiento unísono de rendir el ultimo tributo al amigo cariñoso y al militar intachable, vino á nombrar una comisión que interpretando los mismos ge-

nerosos, levantados sentimientos de póstuma justicia, depositara en la tumba del ilustre muerto; la ofrenda de sus reconocimientos imperecederos.

Señores: El mayor Lamas fué todo un carácter. Desde sus primeros pasos en el ejército, se destacó como militar cumplido y pondonoroso: repudiando lo malo, practicando y alabando lo bueno y vigorizando su espíritu genial, y robusteciendo su pensamiento vigoroso en el estudio, llegó á ser el militar ilustrado, justiciero, inflexible y necesario.

Desde subteniente á mayor, sus ascensos no fueron la obra de un decreto parcial ó piadoso, fueron siempre el reconocimiento indiscutible de su labor, de su saber y su constancia.

Desde el mando de una fracción cualquiera de tropa, al de una compañía, desde sus expediciones y combates á los salvajes de la pampa, hasta los puestos de secretario que ocupara sucesivamente en la gobernación de Formosa, en el Arsenal de Guerra y como privado del Jefe del Estado Mayor, en los que su acción cooperante fué caballeresca y eficiente, y confirmada por informes altamente honrosos; no hay un solo momento de la vida militar del ilustre muerto que hoy llora el ejército de mi patria con amargo quebranto, que no sea claro insospechable, de provecho y de enseñanza.

Señores: Lamas fué siempre de los primeros cualquiera que fuera la colectividad en que se hallara, y esto no era extraño: no era un fenómeno casual; era la resultante de las múltiples virtudes, que constituyan la ecuanimidad de su alma, el temple de su espíritu, lo veraz de su palabra, la nitidez de su vida, la invariabilidad de sus afectos, la plácida serenidad de su conciencia, retratada en su rostro de muerto; su modestia no fingida, su lógica robusta y siempre desapasionada de argumentación, su generosidad no calculada y su honestidad poco común en la vida de los jóvenes; —que hacían del mayor argentino, coronel revolucionario y del caudillo subjugante, con todos los atractivos de una sirena, el amado predilecto de las agrupaciones, ya fueran sociales, intelectuales ó partidos políticos grandes ó chicos.

Cada vez que sintió agravuada su fe republicana ó herido su credo democrático, y pensó que sin ofender la dignidad militar podía y debía concurrir á la par de otros al restablecimiento de los principios hollados, lo hizo como aquí, cuando creyendo sinceramente, porque era alma sin doblez que había llegado la hora solemne de las reivindicaciones.

Con la muerte del mayor Lamas se pierde mucho más de lo que vulgarmente limita el influjo de los hombres en la

vida de los pueblos á círculos mezquinos, estrechos, apasionados, egoistas; se pierde con la vida que se aleja reemplazada por la muerte, una esperanza, un porvenir, un horizonte.

Mayor Lamas: Los amigos de la otra ribera del anchuroso Plata, testigo infinito de glorias comunes, que anoché al surcar sus aguas noté serenado por modo excepcional, pareciendo llorar con la inmensa magestad de su silencio elocuente la muerte del modesto y prestigioso caudillo, soldado y ciudadano, pensamiento y acción, pluma y espada, ha querido que la corona de laureles, que simboliza tu acción y la grandeza de tu alma templada al calor de pasiones generosas, ostentara la cinta que encarna los colores de nuestras predilecciones imborrables para que uniendo así la bandera de Lavalleja y Artigas, de San Martín y Belgrano, paladines venturosos de la democracia americana, escoltara tu espíritu gigante á la mansión excelsa de la inmortalidad, donde te esperan. Mayor Lamas. Si hay que creer lo que el misterio cuenta, que morir es pasar á mejor vida. ¿porque despedirnos para siempre si la separación es momentanea?

Muerto querido, hasta pronto, y esperanos en la muerte.

Que soplos serenantes de tu espíritu potente, palpitante en el recuerdo perdurable de dos pueblos que supieron apreciarte, quererte y que sabrán conservarte acaricien tranquila y consoladoramente el alma lacerada de la madre, que inconsolable gime, desesperada en medio de las más acerbas tribulaciones.

Tu cuerpo ha muerto pero tu espíritu, á la manera de éter, flotará en la atmósfera de la democracia uruguaya para trasmítir con la sonoridad y la armonía de tu personalidad ya perfilada, el eco de tu virtud de republicano.

Paz eterna en la tumba del ilustre ciudadano, soldado y apóstol».

VII

Discurso del doctor Palomeque

Vínculos de sangre y más que de sangre, de afecto, me unían al extinto. Recuerdo los momentos de su infancia, aquellos en que el autor de sus días sentándose en sus faldas,—me acariciaba jugando con los rizos de mi entonces rubia cabellera. El anciano de luenga barba vivió en el extranjero recordándonos lo que había sido siempre para él la

virtud patria, á su paso por los ministerios de la República. — De raza, pues, lo venía al coronel Lamas su ingénita honradez y no menos talentos militares. Su muerte lamentada por dos naciones, ha sido un verdadero duelo nacional pues sin distinción de clases ni de partidos, todos han concurrido á dar su adios postrero al ilustre muerto.

El vacío que deja su desaparición es necesario llenarlo y esa será la tarea que corresponderá á su ilustrado hermano el teniente coronel don Gregorio Lamas, ahí presente, llomando junto al féretro que encierra tan queridos restos. Así se conservará la tradición guerrera de su apellido y la vinculación del ejército argentino cuyos entorchados llevaba dignamente su hermano con los del ejército nacional, cuyas charrateras bien colocadas ostenta este sobre sus hombros. Conservar, sí, esa tradición aquí en la tierra por más que no se olvide su personalidad en las páginas de la historia. Recoger esa herencia es la misión impuesta á Gregorio Lamas porque para ello tiene las condiciones de talento y las cualidades morales que tanto lo distinguen entre sus compañeros de armas.

Diego Lamas era un militar y un político sin dejar de ser á la vez un escritor con frases y estilo literario. Era un partidario decidido del acuerdo electoral, pudiendo decirse que es el testamento político que legó á sus correligionarios, á quienes incumbe la misión de sostenerlo, tremolando bien en alto la bandera donde está inscripto, cayendo con ella, si fuera necesario, á la mitad de su camino.

Cuando los elementos jóvenes que tanto le respetaban y querían, le hacían observaciones al respecto, era tal su convicción que les decía: *pues el acuerdo electoral se firma y se retuerce el corazón.*

Y así como en la paz se había revelado un profundo político, había sido el primero que al aproximarse la guerra se presentara al comité y le dijera: *El vino está servido hay que tomarlo!*... A semejanza de lo que Cristo nos enseñara cuando luchó y murió por el sacrificio de su doctrina social, así ofrecía su sangre aunque el cáliz en que la bebió no fué completamente de amarguras y sinsabores, sino también de glorias y satisfacciones.

No tuvo el consuelo de ver los restos de su padre el general don Diego Lamas reposar en la tierra de sus mayores. A su apoteosis falta ese detalle. Los restos del general don Diego Lamas que se encuentran en el extranjero deben venir á la patria á fin de que reposen al lado de quien ilustró con valor y humanidad el apellido legado límpido y puro de

toda mancha y que así ha sabido conservarlo al descender al silencio de la muerte.

Ahora, debo manifestar que yo no pensaba hacer uso de la palabra en este solemne momento, pero que he creido de mi deber, expresar estas ideas antes de dar lectura á la edificante carta-telegrama que acaba de enviarme un hombre para nosotros amado y respetado por su talento y sus virtudes: el señor don Agustín de Vedia.

Dice así:

Buenos Aires. Mayo 21 de 1898.

Enfermo, y atado al lecho por miserables dolores, he recibido, como un pistoletazo, la noticia brutal. Sin esa circunstancia, me hallaría con ustedes para rendir homenaje al ilustre muerto.

El trágico fin de Diego Lamas ha sacudido las fibras más intimas en los dos pueblos del Plata, arrancando manifestaciones uniformes de simpatía y de dolor, en las altas esferas oficiales y en todas las filas de la sociedad, sin distinguir partidos, gremios y nacionalidades.

Es este un hecho raro y sin ejemplo, tratándose de un combatiente de la última hora, que acababa de colgar su espada después de numerosos y sangrientos combates.

Pero es que esa lucha había sido lo que se llamó en plena Asamblea Legislativa, «un duelo de caballeros».

Con ella brillaron las virtudes que más enaltecen, en situación semejante á un pueblo adelantado, el respeto por el vencido, la compación por el soldado herido, la protección de las personas y los intereses extraños á la lucha. Nada, por otra parte, de viejas banderas, de antiguas divisas, de intransigencias implacables, un programa de reparación, de honradez, de generosa conciliación en el orden político, económico, militar, administrativo, rehabilitación, en fin, de las instituciones. Esta era la bandera de la revolución y era la bandera de Lamas.

Y luego ¡que ejemplo de abnegación y sencillez magnánima en el desenlace de esa revolución, de parte de sus jefes! Nada pidieron, nada aceptaron para si, fuera de su parte de aire y de sol en la tierra de sus sacrificios y de sus glorias.

Por todo eso, era Diego Lamas la figura más correcta, la personalidad más simpática y brillante, la gloria más pura de nuestros días. Pero era todavía más que eso: era la más bella esperanza del patriotismo uruguayo.

La intuición popular veíase en él talvez al futuro salvador de la patria en las nuevas visicitudes á que aún pudiera someternos el destino inclemente.

Salvaba Lamas recien el primer tercio de la vida y podía decirse por lo tanto que casi todo estaba por realizarse en él. La columna se ha tronchado, apenas empezaba á destacarse su pedestal. Parece que el destino hubiera querido revelar todo lo que valía, á esa altura de la existencia.

La superioridad que alcanzó, se mide por la generosidad y la intensidad de las emociones que arranca su muerte. Queda vacío en los ejércitos del Plata, el puesto donde Lamas se acreditó por su ciencia, su valor estóico y sus virtudes caballerescas.

La República Oriental le llorará hasta que venga á reemplazarle quien reuna el conjunto de sus excepcionales y preciosas cualidades, su carácter austero, su patriotismo desinteresado, su rigidez en el deber, su entereza en el sacrificio y la muerte.

En torno de su sepulcro solo deben resonar voces que se armonicen con el sentimiento general y profundo del pueblo enlutado y agrupado allí para dar el adios supremo á sus restos queridos. Que descancen en paz! Quisiera ser en ese acto el intérprete de mis sentimientos. Su amigo.

Agustín De Vedia.

VIII

Discurso del Señor Arósteguy

El coronel Lamas estuvo en primera linea como factor principal de la pacificación. La aceptó tan luego como se le propuso. Nada quería para sí, nada quiso. Su elevado sentimiento, puesto siempre al nivel de los intereses generales de la patria, sólo exigió la garantía de verdad que extrañaba la propuesta, y que él interpretaba, creyendo interpretar á la vez el sentimiento del país en su inmensa mayoría, de este modo:—« que el nuevo presidente fuese « una de las mas grandes personalidades políticas de la Re- « pública un hombre tan distinguido como amado del pueblo « oriental, el doctor don José Pedro Ramírez. »

La torpeza, el orgullo y la soberbia, más que el crimen

traidor y alevoso, fueron las pasiones que precipitaron la muerte del gobernante en aquellas postimerías.

Sin voluntad decidida más que para el vergonzoso desquicio de una administración brindada á una bandada de hambrientos cuervos; intrigados por consejeros traidores que le vendían una sinceridad transportada del círculo que maquinaba su caída; combatido y amedrantado por el jefe del colectivismo, optó por la guerra y por la consiguiente ruina de la nación. Escupió al Cielo, entró en el templo de Dios salpicado de la sangre patriota que hacía derramar por su sola causa, y esa sangre le ahogó en plena plaza apesar de su regia custodia. ¡La mano de Dios es muy grande!

Nuevos arreboles pintaron el horizonte de la patria

Vino entonces la paz más amplia, siendo unos de sus heraldos y su principal sostén el coronel Lamas con su política elevada y conciliadora contribuyendo con todos sus esfuerzos á que se fuesen consolidando poco á poco los progresivos pasos hágia la pacificación, destruyendo en germen intemperancias, inconvenientes, y estimulando con el ejemplo la unión del Partido Nacional y la concordia entre la familia uruguaya.

Esta ha sido, señores, en la guerra como en la paz, la elevada y culminante actuación del coronel Diego Lamas.

Su muerte es una calamidad para la nación, un desastre de lento reparo para su partido, un vacío para los que estimaron de cerca sus bellas prendas, y desgracia para todos los que pertenezcan á la filiación política á que él pertenecía.

Solamente á los malos, á los desentrañados puede ser indiferente tamaña pérdida, como les será el progreso y la vida institucional de la República, el orden y la confraternidad uruguaya.

Diego Lamas: queridísimo compatriota y correligionario, si vuestro espíritu aletea en la eterna mansión porque suspira eternamente el alma encadenada en esta brizna del Universo, interceded con la Sabiduría Suprema para que vigile la marcha de este pueblo inspirado en el inefable recuerdo de tus virtudes cívicas y que ellas sirvan de guía á tus compatriotas que tanto quisiste y á quienes tantas pruebas has dado de desinteresado sacrificio en holocausto á tu querida patria y á tu sin par República Uruguaya. —El Club Central de tu partido y el que su nombre deposita sobre la tumba en que yacen tus restos este postre recuerdo, solo anhelan que vivas con perdurable vida en la

memoria y en el corazón de los que en vida llamastes: compatriotas.»

IX

Discurso del doctor Juan Coustan

Señores:

La humanidad vive del contraste, commocionada siempre por esos sacudimientos repentinos que truecan las fugaces alegrías de la víspera en las decepciones más profundas, y en sosobras de tristeza, las esperanzas del día siguiente, como si un soplo helado de siniestro augurio, arrastrara á su paso desvastador, todas las supremas emociones del alma con las desdichas amargas del corazón, para fundir en un mismo molde, el placer y la desgracia, á fin de que no exista jamás felicidad completa, sin su bautismo de lágrimas.

Nadie diría que hoy acompañamos inerte, adornado con crespones fúnebres su cuerpo, al mismo ser que ayer aclamábamos nuestro Salvador, encontrando demasiado pequeña su frente para contener las palmas y laureles de tanta gloria como la conquistada por sus afanes en una campaña sin precedentes en la historia de las grandes abnegaciones y anales crueles de nuestras luchas intestinas.

No empapemos en llanto lo que debe ir cubierto de flores, ni perturbemos el tranquilo sueño, que con tanta justicia, reclama el alma de este batallador sublime, que cae fulminado á media jornada de la vida sin haber dado nunca punto de reposo á su múltiple actividad puesta al servicio de la noble y santa causa que defendía, y sin que pudieran postrarlo ó abatirlo en la tarea, los desfallecimientos del cansancio, ni el peso aplastador de la fatiga.

Los héroes de la talla del coronel Lamas, no reclaman sino un recuerdo eterno en la pública memoria que los inmortalice, perpetuando su nombre en el tiempo y en el espacio, para toda vez que haya que representar en forma gráfica el acontecimiento imborrable de la última revolución oriental á que vinculó su esfuerzo como apóstol de la idea y el pensamiento que mejor contribuyó á realizar tan arriesgada prueba de valor y sacrificio.

El cristianismo no expresaría bien la tradición del martirio, si no hiciera surgir allá en las sombreadas lejanías de un pasado remoto, la imagen sacratísima del Redentor, doliente

y resignada, pálida y sin vida, con la expresión característica de los inmensos dolores comprimidos, con los brazos abiertos y clavados sobre el tosco madero de la cruz, que hoy mismo, desde las alturas del Gólgota sirve de enseña de regeneración para los pueblos oprimidos por el reinado del error y la impostura.

El partido nacional tampoco representará su gloriosa tradición en lo sucesivo, si en medio de la aureola de luz en que proyecta la grandeza de sus hechos, no hace destacar la figura sonriente del coronel Lamas dibujada por celestiales claridades en la cumbre de las cuchillas, agitando su brazo ensangrentado por incurable herida, al grito entusiasta de *viva la patria*, de ese brazo tan fuerte y vigoroso para defender nuestras sanas instituciones, como débil e inútil para salvar su propia existencia.

De costumbres austeras, modesto sin afectación, discreto hasta la completa reserva, conciliador afectuoso, energético en el cumplimiento del deber, mesurado en sus opiniones, militar de escuela y de resignación acostumbrado á la férrea disciplina, escritor galano y reposado, político y sagaz era el coronel Lamas quien mejor compendiaba todas las condiciones que se necesitan para ser cabeza organizadora y dirigente de un movimiento reaccionario como el que tuvo su pila bautismal en «Tres Arboles» y su confirmación en «Arroyo Blanco».

Conociendo que solo los elevados sentimientos altruistas son los que mejor gobiernan la constitución del hogar y la familia, rigen mejor las relaciones individuales y amparan de más eficacísima manera la codiciada libertad, fué uno de los primeros en abolir los odios tradicionales de partido para que todos los orientales confraternizaran en la obra común del engrandecimiento de la patria y corrieran abrazados y unidos á encender un haz de luz conciliadora en el altar de la concordia.

En presencia de esta tumba prematuramente abierta, yo pido á todos nuestros correligionarios políticos que suavicen sus pasiones, abduquen de todo espíritu prevenido y traten de imitar el ejemplo y las virtudes cívicas que enaltecían á este ilustre ciudadano, humilde y magnánimo para el caído como gigante y temerario contra los avances opresores de menguados despotismos.

En nombre de los miembros del partido nacionalista residentes en Buenos Aires, doy el adios de eterna despedida á estos venerables despojos, despojos que hoy dejamos confiados á las sombras que velan el silencio de la muerte, mientras la gratitud nacional prepara la forma honrosa con que mas tarde hemos de rendir cumplido homenaje á todos nuestros heroes.

Del doctor Sienra Carranza

Señores:

Dos palabras en cumplimiento de un deber que concep-
tuo ineludible por especiales antecedentes.

Señores:

Los amados de los dioses mueren jóvenes.

¡Felices los que de su rápido paso por la tierra solo de-
jan, como el coronel Diego Lamas, la huella luminosa de
una jornada resplandeciente de heroísmo y virtud.

El patriotismo de los orientales debe al coronel Diego
Lamas los honores de la mayor elevación que haya alcan-
zado la cultura nacional en la más grave y azarosa de sus
manifestaciones, en medio del fragor y encarnizamiento de
los combates y los triunfos sangrientos de la guerra civil.

Por él, y bajo el influjo de su ejemplo, los más adelan-
tados pueblos de la tierra podrían tomar hoy en nuestras
luchas las lecciones de la generosidad y del pundonor mi-
litar. Su aparición en nuestra escena revolucionaria ha sido
por si misma una nueva revolución, algo así como un
deslumbramiento del heroísmo encarnado en una selecta
personalidad cuyo destino tronchado en la mitad de su
carrera, tiene analogía con el de Hoche, el malogrado pa-
acificador de la Vandee, pero en quien la imaginación po-
pular, confirmando y complementando los juicios de la
crítica ilustrada, encuentra la reproducción de la figura le-
gendaria del Cid y de Bayardo.

Sin detenerme en la discusión de la causa que amaba,
su brazo de héroe, y cumpliendo como catorce años ha,
en otro día de este mes de América ante el féretro de
Juan Carlos Gómez, el deber de rendir culto á las nobles
personalidades que, sin distinción de partidos honran el
nombre de su patria,—me descubro reverente y arrojo mi
humilde siempre-viva sobre la tumba de Diego Lamas.

Gloria al gallardo caballero sin miedo y sin tacha!

XI

Del señor Diego M. Martínez

Señores:

Apenas fallecido el coronel Lamas la dolorosa nueva extendiéose por los ámbitos de la ciudad y del país entero, vibra en todos los oídos y llena de estupor todas las almas como una campanada de muerte en medio de una multitud jubilosa y esperanzada.

Aparecen las más reputadas hojas del periodismo nacional y extranjero de ámbas márgenes del Plata, enlutadas unas rebosantes todas de las más sentidas y espontáneas condolencias para su patria y para su partido.

Las primeras gerarquías militares de un pueblo hermano se apresuran á decirnos que «llenemos de lágrimas y cúbranos de flores su tumba.»

Desfilan por la estancia mortuoria en ronda interminable reverentes y llorosas gentes de todas las clases, todos los rangos y todas las nacionalidades.

Por todas partes puertas entornadas ó cerradas, denuncian-do al transeunte que detrás de ellas se reza ó se llora.

Finalmente, ha acompañado su cadáver hasta este sitio del eterno descanso, en imponente y magestuosa columna, esta incalculable concurrencia que por su número y composición puede decirse sin falsear la verdad que representa á la inmensa mayoría de la población de la capital de la República!

.....
Pero entonces, señores, el sentimiento partidario que suele avasallar los espíritus mas rectos y tranquilos, no había exagerado ni las excelsas virtudes ni los heróicos sacrificios del Coronel Lamas!

Entonces nuestras damas tejiendo coronas para su sien ó sembrando de flores en su camino, y nuestros publicistas y oradores formando y forjando las mas hermosas y vibrantes de sus frases para exhibirlo á la faz de propios y extraños como un ciudadano modelo, un patriota de abnegaciones infinitas y un inteligente humanitario y estóico, no habían colocado en los altares de su veneración ni un ídolo de barro, ni un símbolo de iniquidad!

Entonces, señores, hicieron bien, hicieron acto de jústi-

cia nacional, los que permitieron que la bandera celeste cubriese los despojos del que altivo hiciera tremolar en llanos y cuchillas, sin otra aspiración que la de que se le hallase digno al caer en el regazo de la muerte, de que le sirviera, como le sirve en este instante, glorioso sudario.

De la acción militar del coronel Lamas en su última campaña reivindicadora del derecho y la libertad, para todos los orientales, yo no he de formular otro juicio ni he de emitirlo bajo otra forma que el que tuve el honor de expresar allá en los días imborrables de mi memoria en los que el atrayente caudillo visitara su ciudad natal recogiendo de paso el aplauso sincero y entusiasta de sus amigos políticos.

Yo dije entonces, señores, y me complazco en repetirlo aquí, porque aquellos conceptos fueron gratos al que ya no puede oírlos, que la hora de las grandes reparaciones nacionales se acercaba, y que cuando esa hora sonora, la gran voz de justicia popular diría que el pundonoroso militar que venció en *Tres Arboles* a nadies había humillado con su triunfo, que allí se luchó por ideales comunes y en desagravio de comunes afrentas; que las dianas de la victoria tuvieron acentos funerarios por los caídos de uno y otro lado, hasta el denuedo de los vencidos, como que el denuedo era atributo, de la raza y la raza perduraba vencedora del halito de muerte ella que sobre ella habían arrojado gobernantes sin credo y sin bandera!

Coronel Lamas!

En nombre de los nacionalistas del Salto donde se deslizaron los días de tu infancia, precursores de los grandes y fecundos días de tu juventud reflexiva y de tu virilidad pujante y bienhechora.... adios!

XII

Discurso del doctor Ciganda

Señores:

Permitidme pronunciar dos palabras en nombre de «El Pueblo», periódico nacionalista de San José, y en nombre del sentimiento público, llevado en estos instantes á la desesperación ante esta inmensa desgracia que arrebata al

culto popular en la flor de sus días un estóico guerrero y un patriota sin mácula.

Diego Lamas, EL CORONEL, como por autonomasia le llamaban sus dignos ayudantes, no era solo una gloria de partido; era, como Leandro Gomez, una verdadera gloria nacional que inspiraba supremas laudatorias á los generales de otros países, de igual modo que el héroe de la defensa legendaria inspirará cantos inmortales á los poetas cuya cuna no había sido cobijada bajo otra bandera que la celeste y blanca de sus grandes amores.

De ahí que el fin de aquella preciosa vida que gráficamente solo puede representarse por una columna tronchada de granito, haya ocasionado el duelo de dos repúblicas hermanas en el sacrificio y en la gloria; de ahí que ámbas brinden su sagrada enseña para amortajar al que fuera ilustre adalid de sus libertades públicas de ahí que nacionales y extranjeros, ancianos y niños, hombres y mujeres todas las clases sociales desde el potentado hasta el obrero y desde el militar al sacerdote, hayan hecho coro al llanto acerbo de sus compañeros de armas y de ideales políticos y que ni siquiera se conciba la existencia de un corazón tan insensible, por no decir tan criminal, que no haya sentido el más cruel estremecimiento de dolor y espanto al conocer el triste fin de aquel romántico cruzado de la ventura pública, cuyo sólo nombre encarna todo un programa de principios y era y seguía siendo venerado por el pueblo como un símbolo de redención, de libertad y de honradez política!

¿Quién no ha derramado lágrimas por su muerte?

¿En qué hogar no ha gemido una Magdalena en estos días?

¿Y quién no ha sabido ver, en la anciana madre inconsolable del guerrero caído á la propia imagen de la Patria, desgarrada por el dolor que le ocasiona la perdida de su hijo amantísimo, tan querido de los suyos, como amado de su pueblo supremo objetivo de todos sus afanes y de todos sus sacrificios?

Es que hombres como él, conciliadores en la paz y bravos en la guerra, desempeñan en las horas, más difíciles de sociedades inorgánicas y turbulentas, como la nuestra, una misión mas elevada que la que incumbe á los mismos Poderes Públicos; porque siendo ley humana que el ejercicio del mando tienda el abuso, cuando los mandatarios de un pueblo activo abandonan la órbita de su acción legal y hacer de la subversión de las instituciones un sistema de go-

bierno, el control de sus actos y la sanción de sus culpas no deben buscarse en el texto de la constitución ni de las leyes, sino en el prestijio y la pujanza de los elegidos por Dios por el genio de la guerra ó por la deidad de la historia para conducir á los oprimidos en legiones libertadoras hasta los campos de batalla.

Diego Lamas de carácter apacible, bondadoso y reflexivo, supo adaptar los ímpulsos de su actividad durante algunos años a la previsión matemática y á la monótona tarea del oficinista pero cuando el 86 y el 97 llevaron á sus oídos los rumores de próximos estallidos de movimientos revolucionarios, en el territorio nacional, el patriota empezó á asfixiarse en el ambiente de su oficina y necesitó respirar el aire de los combates sangrientos, á semejanza de Grau que se mareaba al pizar tierra firme y recordaba la plenitud de su vida y de sus fuerzas en medio á los horrores de la borrasca y la pelea!

Señores:

Hasta ayer, siempre que había que sintetizar en dos palabras todo el prestijio viviente de la pasada revolución surgían los apellidos de Saravia y Lamas, tan estrechamente unidos en la imaginación popular como figuraran para honra de su causa en los últimos acontecimientos.

Ahora, ha desaparecido uno de ellos, pero todos sabemos y no debemos olvidarlo jamás, así los que han sentido silbar las balas por los mismos ideales que los que lo hemos sentido bullir en nuestro pecho rindiéndole el homenaje de nuestra palabra y de nuestras ideas, todos sabemos, repito, que si él hubiera escrito su testamento político, después de la más sentida exhortación y á la concordia y á la paz, hubiera dicho á sus correligionarios, aludiendo al caudillo sobreviviente: y si os veis en el caso de honrar mi memoria en la guerra, id hasta el sacrificio siguiendo la bandera que enarbóló ese brazo invencible!

Solo así, señores, practicando la concordia en la paz y siendo bravo y constantes en la guerra, honraran los orientales de las presentes y futuras generaciones la memoria del coronel Diego Lamas, de ese hijo modelo, ese amigo sin doblez, ese ciudadano ejemplar, ese militar pondonoroso, de cuyos venerados despojos brotan á raudales las más luminosas enseñanzas cívicas para su país, si es que no está fatalmente condenado á desaparecer del mapa y á borrarse para siempre de la historia!

XIII

Discurso del Sr. Ramón Marin De-María

Señores:

Al alzar la vista y contemplar al pueblo, lloroso y afligido, reconcentrado en sí y murmurando entre los labios la plegaria del adios, solo así, tan solo así creo en la horrible realidad de la catástrofe!

¡Ah, señores!—tengo el compromiso de hablaros en nombre del Club Central del Partido Nacional, y del Club Comandante José Alvarez, del Carmelo, y faltan al cerebro las ideas, al pensamiento la concepción, al pulso la firmeza y al corazón la fuerza.

Solo brotan lágrimas que enturbian la mirada, suspiros que desgarran, sollozos que ahogan, lamentos que matan!

Todo, todo es frío: el sol no calienta con sus rayos de oro, las auras no entibian el ambiente y el pueblo no enciende risueño sus hogares!

¿Cuál es la causa de tanta congoja, de tanto dolor, de tanto abatimiento, de tanta postración, de tanto duelo?

¡Cuál!

Mirad—Cuatro leños, arrancados tal vez del rico bosque de la Patria, labrados por la mano prolja del obrero; adornados con los últimos oropeles del fausto engañador de la mezquina vida, aprisionan ¡Dios mío!—para siempre, los últimos despojos del valiente soldado de la libertad, del orden y del derecho!...

¡Diego Lamas está ahí...si, está ahí, rígido, severo como en otra, pero está ahí frío, sin brillo en la mirada, sin luz en la ancha frente sin movimiento el brazo, sin fuego en las azules venas, sin vida en el gentil cuerpo!

Todo ha concluido: la gloria envidiable del guerrero, solo es ya rucuerdo que pasa á las páginas de la historia; la preparación y el estudio fué arista fugaz arrancada de la dorada espiga y arrojada á los campos del infinito por el soplo glacial de la muerte; el hombre, convertido en fúnebres despojos va á desaparecer porque ya lo reclaman hambrientas las moléculas demoledoras de la tierra, solo queda el ejemplo de las grandes virtudes ciudadanas del extinto.

Y sin embargo, ¡qué grande, qué inmensa, que sublime, qué incomparable es la majestad de Dios mirada desde es-

tos umbrales de lá eternidad, en donde todo se confunde se asimila y se destruye al mismo tiempo!

Pero ¡ay señores!—que terribles son sus leyes inmutables, sus decretos abrumadores, sus órdenes inflexibles!

Aquí está, tendida en el ataúd la afirmación de mi acento la causa de nuestro llanto!

Él, que apenas había empezado nuevamente á gustar el calor rejuvenecedor de su querido hogar; él, que volvía feliz á luchar en el labio sagrado de la madre el beso casto y puro de todas las virtudes, de todos los anhelos, de todos los ensueños; él, que aún no había concluido de secar contra su noble pecho las flores con que un pueblo agradecido bordó un día el camino á seguir por su segura planta. el frescor á sus corolas, la fragancia á sus cálices, la animación á sus colores, la gentileza á sus tallos y la virginidad á sus formas, para depositarlas todas en el altar de la patria convertidas en Constitución, en leyes, en respeto y en derecho!

Aquella legítima ambición estaba á punto de coronarse con el éxito completo de la obra. Las flores que empezaban á brotar en los nuevos surcos abiertos por el rejón del arado, al amparo de las instituciones patrias, solo han servido para orlar la tumba del soldado por las madres asfigidas, que al confiarle un día el depósito sagrado de sus hijos, y al tomar á los patrios lares le habían levantado un templo en cada corazón de madre, esposa ó hija.

No importa!—aún el pueblo, nacional y extranjero, que aquí se congrega, al rededor de esta caja de lúgubres sonidos, os ofrece el llanto convertido en lágrimas de sangre arrancadas de lo más hondo del pecho, como un último tributo; tú vives, tú vivirás en la posteridad de los tiempos, como vive y perdura el astro Sol á través de los siglos!

Tú estarás aquí, en el suelo idolatrado de la patria, prisionero, tras la blanca lápida mortuoria, durmiendo el cuerpo pero velando el alma, y aquí vendremos todos para hablaros con el lenguaje del silencio, para llamaros con la voz de la oración y para veros con los ojos del deseo!

Aquí vendremos á llamar á tu puerta de granito cuando la negra duda abata nuestro espíritu, cuando el dolor corrlea nuestra alma, ó cuando perdida la brújula de la nave la arrastre el turbión en su corriente, para pediros,—humillada la frente contra el pecho, doblada la rodilla sobre la oscura tierra, juntas las manos y la mirada al cielo—que flote tu imagen que ida sobre la nube de oro y calme la tempestad y suenen tan seleno en la patria los himnos de paz y concordia.

Duerme, pues, que hasta aquí no vendrán á turbarte los ruidos de mundanas discusiones, ni el oleaje de lucha y ambiciones azotará las altas paredes de tu imperio!—Duerme, acariciado por la onda de ese anchuroso Plata, que al romper contra las rocas el gracioso conjunto de sus murmurantes aguas, os enviará un canto y una nota de alabanzas mientras blancas espumas coronarán las murallas del jardín solitario de la muerte!

Y desde allá, desde la agreste fronda de los campos, donde cada árbol es un recuerdo de tu paso, cada cuchilla una página de tu historia cada arroyo una voz de tus hazañas, cada rancho un centinela de tus sueños y cada paisano, un admirador de tus virtudes, vienen, envueltas en los ayes del dolor, la nota de músicas desconocidas, porque al trozar en pedazos su instrumento el trovador americano, rompió sus cuerdas y han llorado magestuosas, incomparables, para decírnos: ¡adios!

Adios! tambien os dice el solitario caudillo del Cordobés; él que os amó como seama un hijo; él que os respetó como se respeta á un hermano; él que leía en la ternura de vuestra frente los secretos que atesora el talento, y oía de vuestros labios el consejo que da la experiencia y el saber y que recibe sin celos ni prevención el hombre que refleja su alma en actos de humanidad en las horas terribles y sangrientas de la guerra!

Ese hombre, que ha enmudecido ante la evidencia de la muerte, sabe, sin embargo, que eras mucho corazón para vivir en la estrechés de un cuerpo; que eras mucha alma para aprisionarse en el pequeño círculo de la tierra, y que Dios habrá llamado á si el conjunto de tan selectas cosas, dejándonos huérfanos de tus glorias inconsolables por tu perdida.

Pasad, pues, entre las bendiciones de un pueblo y el adios de dos naciones, la puerta que ostenta á su frente la imagen del Todopoderoso bendiciendo al que entra por ella á la gloria sin fin de la eternidad!

Que esas dos banderas oriental la una, argentina la otra, que estrechan con amoroso y maternal abrazo tu féretro al ondear mañana en el vacío, amarradas al asta, esparcen al viento los laureles de tus glorias, las enseñanzas de tus virtudes y el ejemplo de tu altruismo, para que todo ello frutifique en el corazón generoso y patriota de los buenos ciudadanos.

He dicho.

XIV

De Enrique Legrand

Lo arrebató á la patria, á su partido,
En medio de su gloria, infiusta suerte....
Yo no puedo exclamar: ¡Dios lo ha querido!
Sus misterios dejemos á la muerte!

¡Ha muerto Diego Lamas! ¡Ah, lloremos!
Lloremos, sin rubor, nacionalistas!
Mas luego, enjuto nuestro rostro, demos
Un beso al pabellón de nueve listas.

Y - á ejemplo de este héroe al caer herido
Y como hombres llevando nuestro duelo
Sea el gran muerto, señores, despedido
Con un ¡Viva la Patria! alzado al cielo!

Mayo 22, 1898

XV

Del General Alberto Capdevila

En las primeras horas de la mañana del 25 de Febrero tuvo lugar nuestra última entrevista, que tan hondamente se grabará en mi memoria.

Abrióse la puerta de mi escritorio y se presentó él, con su faz pálida y su aspecto señorial, haciéndome lanzar una exclamación de placer.

- Pensaba en usted, le dije, abrazándole y mostrándole un cuaderno de apuntes que revisaba una nota marginal, escrita por él con esta observación íntima: —*El error de esta organización alemana que se da al ejército de Chile consiste en que no han consultado para nada el carácter nacional de aquel pueblo.*

- Y yo vengo de Montevideo únicamente para tener esta entrevista, me contestó. Las últimas noticias nos inducen á creer que á pesar de las ideas de paz y de confraternidad americana tan generalizadas en este pueblo generoso, serán ustedes arrastrados á una guerra injusta por Chile. No se como se producirán los acontecimientos, pero creo que se

aproxima el desenlace de esta desleal controversia y quiero que me haga reservar un puesto en el ejército, pues cualquiera que sea el momento y la posición que yo ocupé en mi patria, estoy resuelo á abandonarlo todo con los que me quieren acompañar para compartir con ustedes las fatigas y los riesgos de una campaña que será una marcha triunfal de la razón y del derecho.

Diego Lamas era ante todo un apasionado de la justicia; sus ojos iluminaban, reflejávase en ellos la luz interna de su espíritu y su voz vibraba un clarín de guerra cuando al recordar las inmortales jornadas de Chacabuco y Maipú se refería á la ingratitud de Chile y era ardiente y contagiosa como el fuego del combate cuando me dijo:—Nuestra bandera celeste y blanca cruzará otra vez la áspera montaña, llevada por el brazo robusto de sus hijos y de cerro en cerro y de victoria en victoria, hará flamear su paño en la alia torre de la catedral de Santiago. »

Había en su ademán y en su voz el acento solemne de una profesión!

Recordé pue algunos días antes había yo recibido el honroso encargo de su espada de campaña, y le dije:

—¿Porqué, pues, si piensa Vd. en batallas próximas, se despoja de esa prenda que los militares tanto amamos?

—Porque quero, me contestó que Vd. la use ahora, y sé que ella le dará suerte ...

Tenia en aquel momento el coronel Lamas la preocupación de la guerra próxima que yo espero que el verdadero patriotismo y los altos intereses de ambas naciones sabrán evitar sin mengua de su decoro.

Cuando recibí la triste noticia de su muerte trágica, recordé sus últimas palabras que hacen pensar que Lamas tuvo el presentimiento de su fin cercano; tuvo la intuición de que ya nunca colgaría de su cinto su brillante espada de combate y quiso depositarla en manos dos veces amigas, por la lealtad del afecto y por la solaridad de ideas y de aspiraciones comunes.

Alberto Capdevila.

BELLISIMOS PENSAMIENTOS

¡ DIEGO LAMAS !

Los elejidos por Dios para ejemplo de los demás hombres, no mueren; viven siempre en el corazón de los buenos:

Magdalena D. de Anaya.

¡ DIEGO LAMAS !

Tu nombre exelso, adornado de virtudes ciudadanas y cristianas, se cernirá eternamente en el horizonte de la patria, en medio de los efluvios bellisimos de color de cielo de nuestra bandera y de los elevados sentimientos de la religión de Cristo.

Buenos Aires, Mayo 21 de 1898.

Irene Medina de Aróstegui

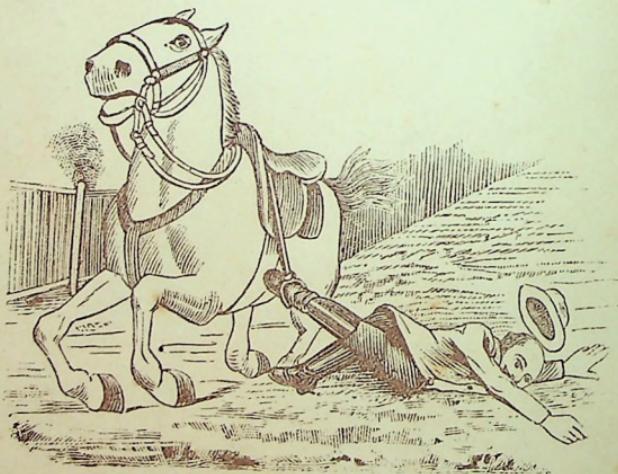
¡ DIEGO LAMAS !

La patria te quería porque eras un gran ciudadano, y te amaba Dios por tus nobles y generosos sentimientos.

El te ha llevado á su seno, pero por tí nos prestará su ayuda y protección.

Irene Martins.

PRECIO: 20 CENT.



LA CAÍDA FATAL
Del Coronel Diego Lamas